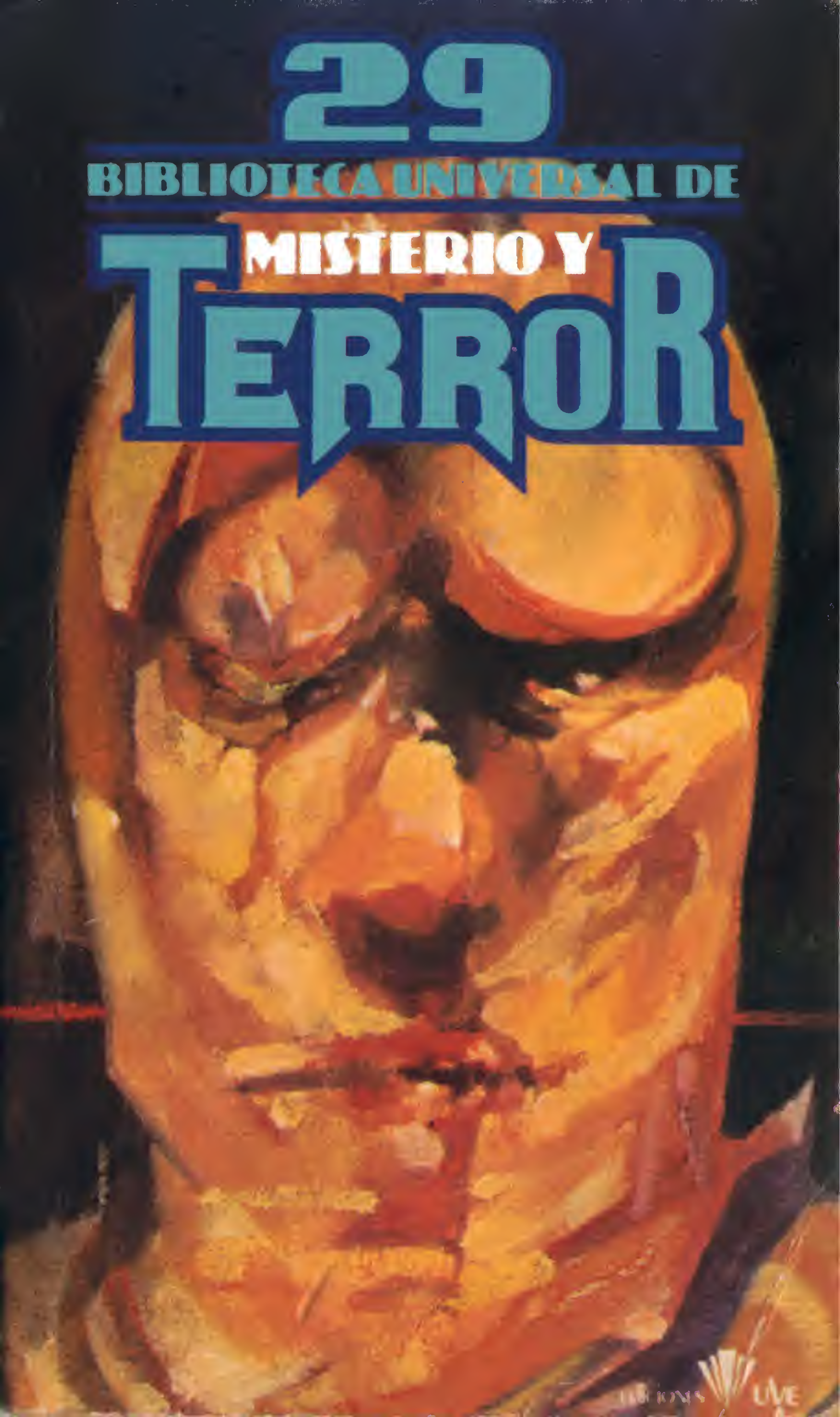

29
BIBLIOTECA UNIVERSAL DE
MISTERIO Y
TERROR
EDICIONES UVE

29
BIBLIOTECA UNIVERSAL DE MISTERIO Y TERROR

Dirección y Selección:
José Antonio Valverde

EDICIONES UVE

© Edita: EDICIONES UVE, S. A.
Avda. Alfonso XIII, 118.
Teléfs. 4135494 y 4135543.
MADRID-16.

Director Editorial:
José Antonio Valverde.
Jefe de Redacción:
Luciano Valverde.
Ilustraciones y Portada:
Victoriano Briasco.
Diseño Gráfico:
Luis M. de Miguel y Paco Bravo.
Dpto. de Producción:
Santos Robles.
Asesores Especiales:
Pedro Montero y José León Cano.

Imprime: HEROES, S. A.
Torrelara, 8.—Madrid-16.

Depósito legal: M. 40.783-1981.
ISBN: 84-7526-020-9.

Distribuye: UVE Distribuciones.

Impreso en España - Printed in Spain.

SUMARIO

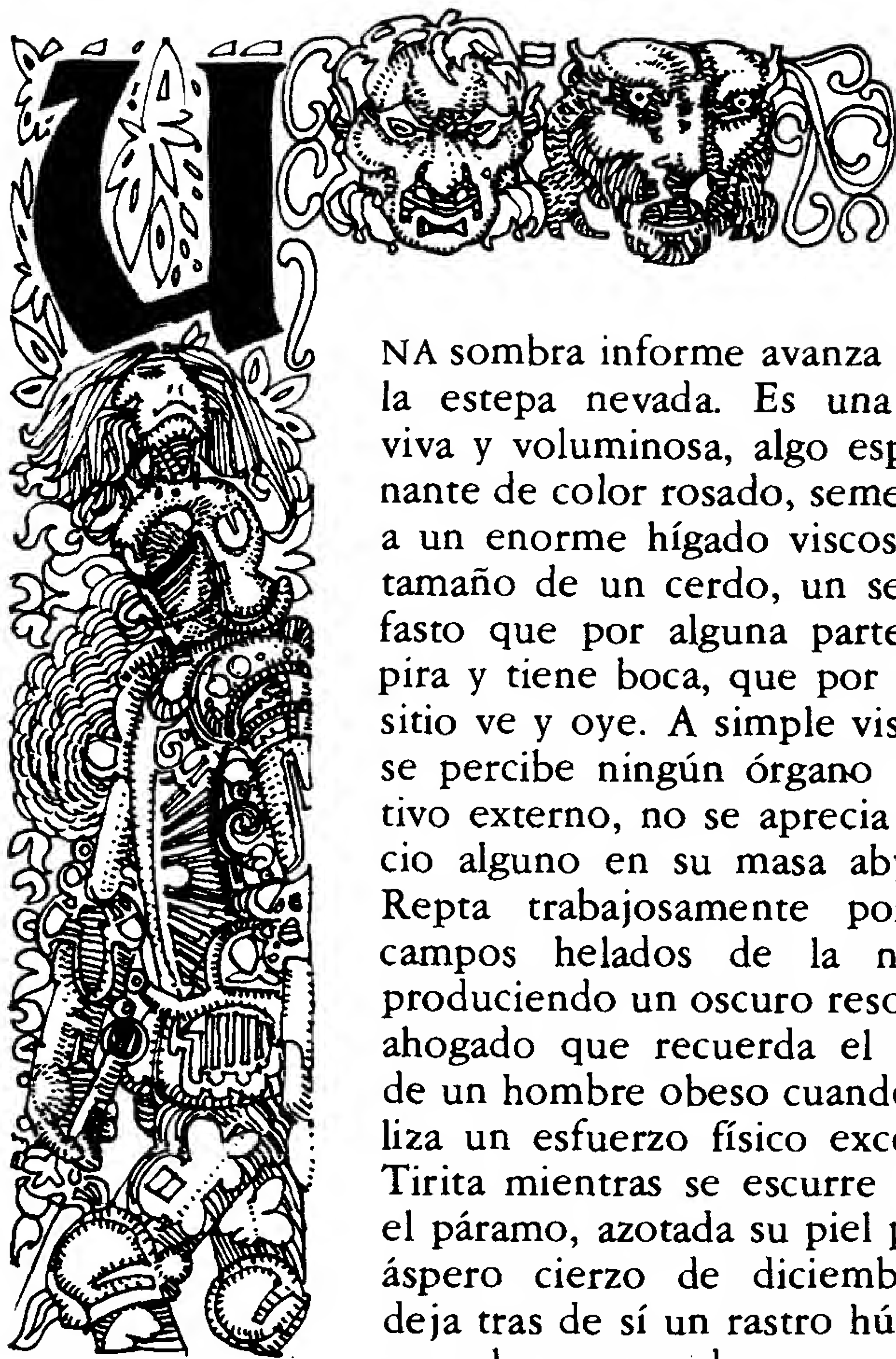
La masa



La masa

José Luis Velasco

Incluso los perros cesaban en sus ladridos cuando percibían aquel horrendo efluvio que se desprendía de la Cosa informe que avanzaba implacable, dejando tras de sí un rastro salivoso y sangriento...



NA sombra informe avanza sobre la estepa nevada. Es una cosa viva y voluminosa, algo espeluznante de color rosado, semejante a un enorme hígado viscoso del tamaño de un cerdo, un ser nefasto que por alguna parte respira y tiene boca, que por algún sitio ve y oye. A simple vista no se percibe ningún órgano sensitivo externo, no se aprecia orificio alguno en su masa abyecta. Repta trabajosamente por los campos helados de la noche, produciendo un oscuro resoplido ahogado que recuerda el jadeo de un hombre obeso cuando realiza un esfuerzo físico excesivo. Tirita mientras se escurre sobre el páramo, azotada su piel por el áspero cierzo de diciembre, y deja tras de sí un rastro húmedo que abre un sendero oscuro sobre la llanura nevada. Este trozo de carne infrahumana despide en un radio de varios kilómetros un execrable olor que paraliza de terror a los animales nocturnos acechantes al fondo de sus guaridas ocultas; un hedor innombrable distinto a todos, que infecta el aire de siniestros presagios de muerte y horror, algo semejante a la sensación que depara cualquier visión terrorífica, pero que, en este caso, se percibe a través del olfato.

El ser ominoso parece dirigirse hacia la aldea que yace aterida en la árida meseta. Se arrastra con sumo esfuerzo y su progreso, a través de gélidos terrenos incultos, es lento y fatigoso. Un conejo desorientado se queda inmóvil ante la presencia de aquella pesadilla que avanza emitiendo un estertor gutural cansado y expande su paralizante olor a sueños infernales. En unas fracciones de segundo *ello* dispara como un relámpago una porción de su cuerpo hacia adelante, como una lengua amoratada y pegajosa que emerge de alguna parte y, atrayéndola hacia sí, engulle en el seno de su masa a la indefensa víctima. Sólo queda en el aire de la noche el agudo chillido del conejo, inmediatamente ahogado al fondo de la naturaleza pavorosa de aquel ser de quimera. Después continúa su dificultosa marcha.

Cuando llega a las primeras casas de la aldea, el pueblo duerme hace tiempo. El monstruo avanza por calles estrechas, cobijado en la oscuridad de las aceras en sombra donde no llega la claridad de la luna, cuya fría tonalidad parece hacer aún más desolador el lugar. Los perros guardianes, auténticas bestias feroces dotadas de una agresividad que fomentan sus dueños manteniéndolos atados gran parte de su existencia, han enmudecido de espanto al percibir el hórrido olor exhalado por la masa abominable; un olor que han detectado con su fino olfato desde el atardecer, cuando la *cosa* avanzaba hacia la aldea por parajes aún distantes. Ahora no sólo han enmudecido, acurrucados en el interior de sus casetas o pegados a las tapias de los corrales donde pasan la noche, tiemblan de pavor y, únicamente, de vez en cuando, emiten ahogados lamentos que expresan un pánico atroz.

Sólo una ventana del pueblo permanece iluminada en una plaza sombría, en cuyo centro se alza una cruz de piedra. En una cocina grande, caldeada por una estufa de hierro donde se extinguen los últimos rescoldos de un fuego de carbón, un hombre escribe algo con un lápiz sobre las páginas gastadas de un cuaderno rayado. Largas filas de sumas y restas, de

grafismo inhábil, delatan que el trasnochador es un campesino preocupado por la marcha de sus transacciones en el mercado de la capital vecina. De pronto se detiene; percibe desde hace un rato un olor extraño del que no se puede decir que sea malo o extremadamente desagradable, tan sólo que es distinto y produce una especie de temerosa inquietud, lo mismo que, ciertas noches, en la soledad de nuestras casas, sin saber por qué (tal vez persistentes rumores en las habitaciones del fondo o el aullido sobrecogedor de un perro más allá de las huertas), nos sentimos sobresaltados y nuestro ánimo fragua absurdos presagios.

El olor se hizo paulatinamente más intenso, y el hombre que hacía sumas y restas terminó por levantarse para merodear intranquilo por la gran cocina, dirigiendo sus miradas hacia los rincones más sombríos de la habitación, como quien intenta descubrir en alguna zona tenebrosa de una estancia mal iluminada, la causa inconcreta que le llena de temores.

Un crujido brusco de maderas que comienzan a quebrarse de improviso orientó su atención hacia la ventana. Entonces brotó de su garganta un grito ronco y sordo, que en seguida quedó frustrado por un espanto sin nombre. Algo rosáceo y enorme, que emanaba un indeseable hedor, una cosa viva semejante a una víscera gigante provista de una fuerza descomunal, estaba presionando desde el exterior la estructura de la ventana y había hecho saltar su marco separándolo del muro. Persistiendo en su empuje, la cosa horrible, entre un estrépito de cristales rotos y listones quebrados, consiguió abrir un hueco suficiente para deslizarse en el interior de la cocina. Reptó por la pared y luego sobre el suelo para dirigirse en línea recta hacia su inmovilizada víctima, cuyos cabellos grises se habían erizado como se yerguen las púas de un erizo, a la vez que la piel de su rostro tomaba una coloración cenicienta. *Ello* avanzó dejando un rastro salivoso sobre las losas rojas del suelo. Al fondo de aquella masa húmeda parecía mo-

verse en todas direcciones algo parecido a un ojo diminuto perdido en el seno de carnosos pliegues palpitantes. Veloces como la lengua de un camaleón al proyectarse sobre una presa, varias porciones de su masa emergieron cual tentáculos amoratados y cazaron a la aterrada víctima para atraerla hacia algún orificio o boca invisible escondidos en el seno de aquel ser horrible: sólo quedaron fuera las piernas, que, sin embargo, poco a poco, también fueron engullidas por el hambriento bicho del averno. Después reptó de nuevo sobre las losas de la cocina, subió por la pared y, ganando el orificio que había abierto en la ventana, salió a la calle para perderse en la negrura de la noche. Tras la masa saciada, sobre la huella pegajosa que dejaba en el suelo, iban quedando trozos de huesos de la víctima, residuos inútiles que el monstruo expulsaba de su cuerpo mientras reptaba, trazando un rastro de restos macabros.

* * *

La mujer permanecía sentada en la mecedora frente a la ventana de un pequeño gabinete aproximadamente victoriano. Ocupaba una sombría mansión del siglo diecinueve, oculta tras una densa arboleda y situada a tres kilómetros del pueblo. Sus posesiones coincidían con una vasta comarca salpicada de municipios pobres, una zona árida de secano castigada por inviernos heladores y veranos sofocantes. Veía la estepa nevada al anochecer, advirtiendo, sin alterar un solo músculo de su semblante, cómo habían dejado de ladrar los perros desde hacía muchas horas y las aves nocturnas no emitían sus espaciados chillidos siniestros. Su aspecto delataba una edad incierta, tal vez cincuenta años, pero en su rostro, de piel cálida y sedosa, de tonalidad clara, aún permanecía esa suprema hermosura de las mujeres que, desde su adolescencia, se asemejan a diosas inabordables.

No se escuchaba ningún ruido en la casa. Inmóviles en sus sillas de ruedas, retorcidos sobre los asien-

tos de hule, sus tres hijos —dos chicas y un muchacho—, permanecían en silencio junto a ella. Eran subnormales profundos y parecían aguardar algo, extrañamente serenos, con los ojos clavados en la ventana, mirando justamente hacia donde su madre, desde hacía un par de jornadas, dirigía impasible su vista a través de horas extrañas en las que los ámbitos de la mansión se habían poblado de una quietud inusual. Discurría uno de esos atardeceres invernales en que las casas parecen traspasadas de melancolía y sus habitantes se muestran preocupados, como si esperasen la consumación de terroríficos presagios ancestrales.

A veces, un breve sonido oscuro salía de las gargantas de alguna de aquellas criaturas desgraciadas, que, babeantes en sus sillas de ruedas, con la expresión desorientada y los miembros adoptando inverosímiles posturas grotescas, parecían querer comunicarle algo a la mujer que se balanceaba en la mecedora. Ella emitía entonces un siseo tranquilizador y, sin embargo, conminante, que los hacía callar, no sin que antes expresaran, en sus facciones alteradas por un idiotismo insondable, cierta extrañeza ante un silencio prolongado ya dos días y una inhabitual quietud de la dama, a quien conocían vagamente como algo o alguien que les daba calor, cariño y alimentos.

Más allá de la ventana, el páramo inerte se extendía hasta un horizonte que ya se había cubierto de sombras. A primera vista parecía una llanura limpia de accidentes. Sin embargo, caminando sobre la planicie, se podían descubrir pequeñas hondonadas, zonas de matorrales silvestres, barrancos escondidos e incluso angostas cuevas subterráneas donde anidan los sapos. Al fondo de un campo de olivos, a unos quinientos metros de la fachada principal de la mansión, un declive del terreno, cubierto de maleza hirsuta, constituye un refugio seguro donde cualquier ser vivo que permanezca inmóvil, pude pasar desapercibido durante el día.

Cuando las sombras cubrieron definitivamente el

paisaje, algo sin nombre, blando, rosáceo y viscoso, delató su presencia al remover las matas de tomillo entre las que había permanecido oculto desde el amanecer. Comenzó su avance reptando trabajosamente sobre la tierra cubierta por una fina capa de nieve helada. Tomó la dirección de la mansión, que se recortaba a contraluz sobre un disco lunar naciente de tonos rojizos.

Una sola ventana permanecía iluminada por la claridad de una lámpara de mesa.

La cosa abyecta, en medio de un silencio aterrador que ella misma producía al dispersar por los contornos su hedor siniestro, avanzó hacia aquella luz. En alguna parte de su repulsiva masa, recónditos órganos sensibles le permitían detectar a mucha distancia el olor a carne humana, su alimento preferido, y se arrastraba hacia allí premiosa, pero inexorablemente, sumida en su universo de noches solitarias y erráticas merodeando por la meseta en busca de presas.

Los perros de la mansión habían enmudecido hacía mucho tiempo, pero ahora, al percibir aquel efluvio horrendo más próximo, temblaban escondidos en sus refugios configurando en sus facciones esa amenazadora mueca que les sobreviene con el pánico.

La cosa blanda podía recordar: un cerebro alojado en algún lugar de su naturaleza fantástica le permitía evocar en aquel momento algo tan lejano como un sueño: su recuerdo se confunde con una sensación remota de calor, de refugio tibio en una habitación tranquila donde espera anhelante durante largas horas la llegada de una figura conocida que deposita, junto a las mantas donde yace, presas recién muertas; rememora también lo que sucede después: aquella aparición se inclina sobre su cuerpo y una caricia extremadamente tierna se desliza sobre su piel palpitante.

En la mansión, la mujer que se balanceaba en una mecedora, acababa de incorporarse. Los tres subnormales profundos, animados por este movimiento, comenzaron a emitir desarticulados sonidos disonan-

temblorosa, le habían obligado a reptar sin descanso por parajes inhóspitos donde cualquier ser vivo era su obligada presa: tiritando de frío, guiado por un oscuro instinto hacia una estancia que evocaba como la imagen de un sueño perdido en la memoria, hacia el ser amable que le tocaba y tenía un nombre.

La dama de la mecedora no movió un solo músculo cuando la sórdida bestia emergió sobre el marco de la ventana como una aparición del abismo. Su naturaleza rosada palpitaba con vehemencia. Reptó hasta el suelo, avanzó hacia la mujer... Los tres subnormales habían comenzado a chillar estremeciendo el páramo y los aposentos de la casa con sus atroces alaridos de terror insoportable, semejantes a esos aullidos execrables que vomitan los manicomios en la madrugada. Y rotas las correas que los sujetaban a las sillas de ruedas, se arrastraban sobre la alfombra, obnubilados de pavor, ululando con la furia de los animales que han perdido la razón a causa del miedo...

La mujer de la mecedora no experimentó ningún temor; tan sólo un inapreciable aleteo de sus labios delató la viva conmoción que la embargaba, y como quien espera desde hace siglos la llegada de un viajero nocturno que se creía perdido para siempre, avanzó sus brazos en un ademán acogedor, mientras sentía el frío viscoso del monstruo quimérico ascendiendo lentamente por las rodillas y los muslos, para acurrucarse, al fin, en su regazo, junto a su pecho cálido, dejándose acariciar por aquellas manos cuyo tacto reconocía, palpitando como una víscera excitada, emitiendo oscuros ronquidos de placer, a la vez que percibía de nuevo aquel aroma tranquilizador que había buscado ciegamente durante siniestras noches de soledad y masacre. El cerebro de la masa innominable, al contacto con aquella tibieza, evocó entonces un recuerdo más, un sonido breve que, durante un tiempo, supo articular. Y desde una boca que se albergaba en un incierto recoveco de su conmovida naturaleza, brotaron con torpeza dos sílabas,

que, expulsadas por aquel ser espeluznante, adquirieron un abominable sentido:

—Mmmmmaaa... má, maaa... má, maaa... má...

* * *

Los despavoridos criados encontraron aquel horror de carne rosada inmóvil, apoyado sobre el regazo de la señora, que permanecía con los ojos cerrados, balanceándose suavemente en la mecedora. El monstruo parecía tranquilo, y su piel húmeda oscilaba con sosiego mostrando una respiración tranquila. Los tres chicos subnormales habían desaparecido.

Dispersos por el entarimado, en toda el área del gabinete, se veían restos de huesos humanos.

Terror en la discoteca

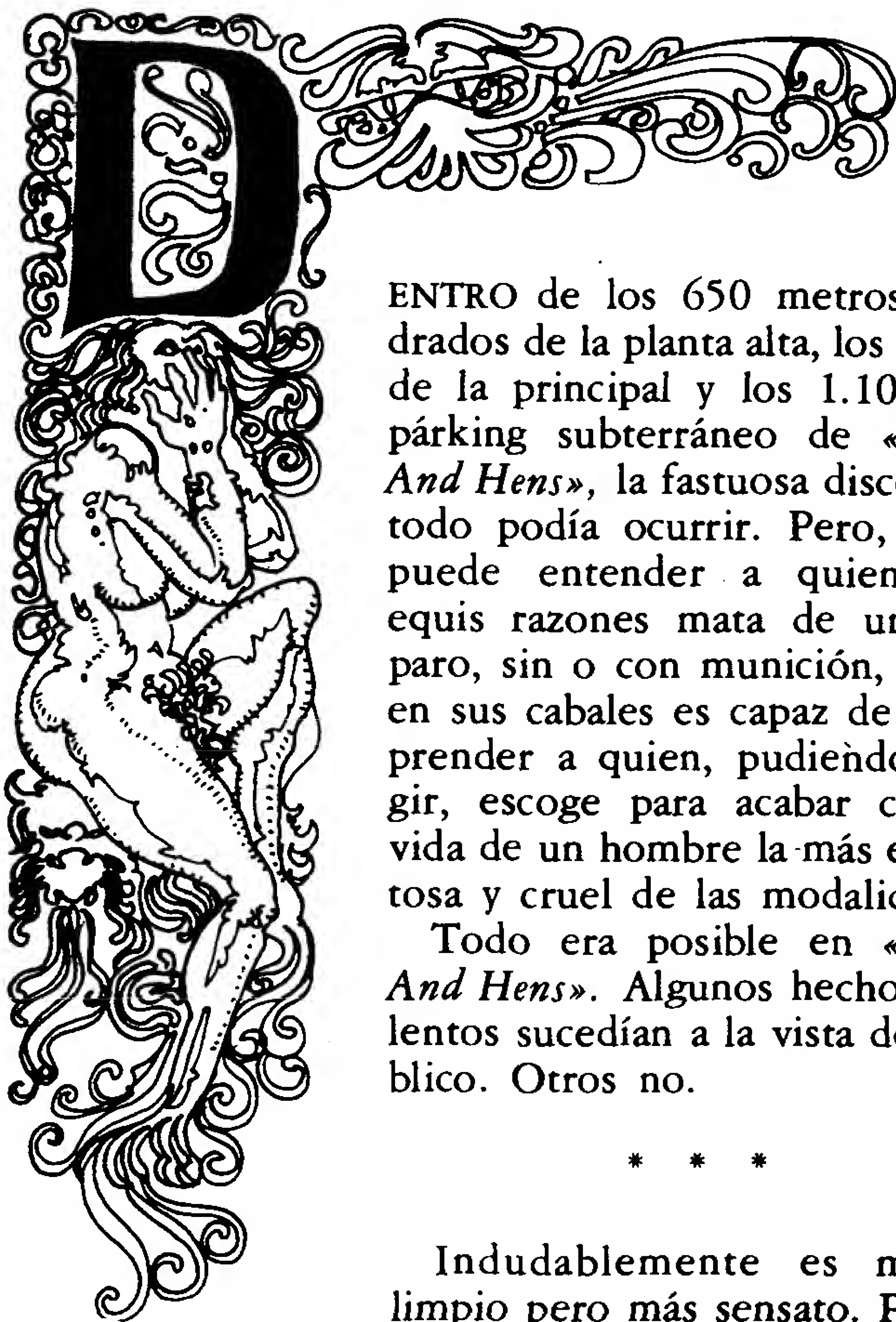




Terror en la discoteca

Manolo Marinero

Allí, en la mejor discoteca de la gran ciudad, casi todo estaba permitido, incluso muchas cosas que de puertas afuera constituirían delito...
Allí, en la discoteca de moda de la gran ciudad, se bailaba con el terror y con la muerte...



DENTRO de los 650 metros cuadrados de la planta alta, los 1.100 de la principal y los 1.100 del párking subterráneo de *«Cocks And Hens»*, la fastuosa discoteca, todo podía ocurrir. Pero, si se puede entender a quien por equis razones mata de un disparo, sin o con munición, nadie en sus cabales es capaz de comprender a quien, pudiendo elegir, escoge para acabar con la vida de un hombre la más espantosa y cruel de las modalidades.

Todo era posible en *«Cocks And Hens»*. Algunos hechos violentos sucedían a la vista del público. Otros no.

* * *

Indudablemente es menos limpio pero más sensato. Para la víctima, a la que se debe resguardar de una consulta previa, resulta indiferente. Y, sin embargo, la situación del ejecutor es mucho más cómoda si tiene que desprenderse de alguien que ha sufrido fracturas mortales del parietal y el occipital, que si ha de deshacerse de un cuerpo humano con una bala entre pecho y espalda.

Dista de ser agradable rebañar con unos pañuelos

de kleenex en una superficie lisa de papel y cartulina salpicaduras de masa encefálica desprendida. Pero es preferible a (por poner un ejemplo al azar) asistir a un investigador que practica en un pobre animal inmovilizado la vivisección. Estos investigadores sí son de veras insensibles y, en comparación, Joe no es más que un profesional de carácter enérgico.

El blanquinegro póster de la espectacular cantante Grace Jones y un affiche del programa de inauguración de *«Cocks And Hens»,* manchados y coloridos de sangre y de blancuzca y grumosa sustancia encefálica, fueron arrugados y lanzados a la boca de anchas hélices giratorias del camión triturador de basura tras del cadáver del muchacho. Había que evitar a toda costa las repercusiones de un escándalo que podía derivar en un desastre comercial de dimensiones imprevisibles, seguramente irreversibles.

Durante el traslado, el ruido del motor de atrás resultó insoportable para aquellos oídos habituados a escuchar a los mejores intérpretes de rock, «disco» y «new wave» cada veinticuatro horas, de 9 de la noche a 5 de la madrugada. Esa máquina hace su oficio de batidora pero, por su estridente rugir, altera a su paso los nervios del vecino más sereno. Aunque ignoren que va pulverizando a un semejante.

El cuerpo de la muchacha fue rápidamente abandonado sin complicaciones en una callejuela adecuada. Una hora más tarde, aproximadamente, el volquete descargó su revuelto contenido en una escombrera de Jersey City. El fétido olor del lugar no podría empeorar demasiado cuando la pulpa del chico, dispersa entre aquellos montes de material inidentificable y de desecho, comenzara a pudrirse.

El servicio de orden de *«Cocks And Hens»,* podría llamársele también el cuerpo de guardia, era eficiente. Desde las 2.55 a las 4 de la madrugada no hubo manera de convencer al chico para que siguiese la conducta más prudente y lógica. Rechazó los dos mil dólares. No aceptó los tres mil tampoco. Con mayor obstinación, y con impaciencia, rehusó los diez

y los veinte mil dólares. Una oferta superior equivaldría a una invitación al chantaje. Y para entonces, los responsables del control y seguridad de los clientes de la gran discoteca no podían dar pasos atrás. Nunca pretendió el muchacho denunciar aquella muerte a la policía, pero sí avisar urgentemente al hermano de la chica, amigo suyo. Y eso era muy desaconsejable para él y hubiera podido ser muy antieconómico para *«Cocks And Hens»*.

Así que Joe, el jefe del cuerpo de vigilancia, le disparó a bocajarro su pistola de aire comprimido a superpresión. Y el joven rockero se desnucó contra los pósters que empapelaban la pared de piedra del pequeño cuarto insonorizado.

Fue menos aparatoso que cuando Joe le tiró al oído, reventándole la cabeza, al violador frustrado del sótano. Una verdadera escoria que llevaba ya veintidós días amontonada en el lugar idóneo. Entonces sí contaron con el silencio de una agradecida pelirroja.

La mitad de la clientela ocasional y habitual de la enorme discoteca esnifaba coca. La cuarta parte, o quizás hasta la tercera parte o tan sólo la quinta parte, se picaba. Pero con tanto personal en el pico, no había habido (al márgen de la tentativa de violación en el párking) más que un percance considerablemente grave, diez días antes.

Fue cuando la otra heroinómana, una maldita negra de falda lacada en purpurina plateada sufrió un colapso en *topless* en medio de la pista lateral de abajo. Afortunadamente nadie llegó a fotografiarla hasta después que la sacaron por la salida trasera a «airearse». Sus amigos morenos eran inteligentes. Cooperaron sin titubeos y fueron untados.

Y anoche, a la imbécil de aquella muchacha anémica de diecisiete años se le ocurrió inyectarse en vena una sobredosis dentro de uno de los lavabos del club, junto a un anfiteatro lleno a rebosar. Menos mal que Verna, del servicio de orden, venía observando su sospechosa actitud y espiaba todos sus movimientos.

Y así, camuflada como *squaw* en su vestido de piel de venado con largos flecos, Verna pudo descubrir el cadáver antes que nadie. Por fortuna para la casa, el acompañante de la drogota, que apareció en seguida desde los lavabos contiguos, no armó demasiado lío. Tenía miedo y estuvo predispuesto a creerse inicialmente lo del mareo y lo del intento de reanimación. Favoreció de modo decisivo la operación de limpieza el que el chico no se pusiera histérico hasta después de quedar aislado. Estaban siendo de gran utilidad las puertas de entrada prohibida, los pasadizos y el cuarto de piedra forrada de corcho y conglomerado.

No se podría calificar de salvajismo arbitrario ni de refinamiento sádico al proceder del servicio de orden. En las seis semanas transcurridas desde su inauguración, «*Cocks And Hens*» hizo un promedio de caja de 119.558 dólares diarios. Estaba desbordando a la competencia. Coloquialmente, ir a «acostarse con las gallinas» *(to go to bed with the chickens)* quería decir, en el slang de los sofisticados de Manhattan, acudir a aquella discoteca, que cerraba a las 5 de la madrugada, pero abría a las 9 de la noche.

El vasto local estaba estudiado detalladamente para que el público se librase allí de todas sus inhibiciones. Varios juegos de iluminación hacían deslizar sobre las zonas céntricas haces de luces de colores en direcciones convergentes y divergentes. También había zonas de penumbra y de oscuridad. Muchos de los concurrentes iban disfrazados para destacar. Otros, menos, para camuflar su identidad. Casi todo el espacio estaba dominado por altavoces a todo volumen. Pero a un anfiteatro llegaba amortiguada la música, a través de harambeles de paño de raso y colgaduras de gasa.

A medianoche, en la colosal pantalla de video se emitían a menudo clásicos del cine de terror: «*La Momia*», «*La Novia de Frankenstein*», «*Los ojos muertos de Londres*», «*El experimento del Dr. Quatermass*», «*El Exorcista*», etc. A muchos les gustaba bailar haciendo sombra a los aparecidos, a los monstruos y a las niñas poseídas.

«Cocks And Hens» ofrecía el nivel preciso de animación y caos, de marcha y confusión, para los que iban de protagonistas y los que preferían guarecerse en el anonimato, para quienes querían ser mirados y quienes querían mirar.

Dentro de sus gigantescas paredes decoradas por apaisados cartelones de publicidad de carretera de los años cuarenta, el competente equipo de vigilancia, formado por cuatro hombres, nueve mujeres y Joe, era incapaz de garantizar completamente el orden.

Allí casi todo estaba permitido, incluso muchas cosas que puertas afuera constituirían delito. Todo podía suceder en *«Cocks And Hens»*. Al fin y al cabo, eso había prometido el lema que circuló por las páginas de publicidad de los semanarios y revistas más indicados.

* * *

La noche anterior, Adna había recibido la llamada de un tal Rex Silver, amigo de un conocido suyo. Este le había dado a Rex el número de teléfono de Adna. Quedaron para el día siguiente, a las doce de la noche, delante de *«Cocks And Hens»*. El escuchó la conversación. El tal Rex conocía a Adna por fotos, y acudiría a la cita con blusón, pantalón y capa negros. Con un sombrero de ala ancha caída a un lado y una careta del Fantasma de la Opera en la mano.

Acaba de ducharse y de tomar una taza de café negro del termo. Mientras se afeitaba con la navaja barbera una idea absurda cruzó su mente. Podía matar, degollar a Adna, con la mayor impunidad. Un pensamiento estúpido, porque él no estaba celoso. Aquella mañana descubrió, como en otras ocasiones que se iban repitiendo con molesta frecuencia, una nueva cana precoz en la sien y otra entre el vello del pecho. Pero se sentía en forma. Pertenecía al tipo atlético y podía conservar su atractivo, cuidándose, otros veinte años.

Confiaba en que el zumbido del pequeño motor

eléctrico no molestase a Adna. Cambió de mano el secador de pelo y cogió del cenicero del tocador el cigarrillo recién encendido. Adna aún estaba en la cama. Habían tenido una noche movida. Se conocieron en *«Cocks And Hens»,* la noche siguiente a la de la inauguración. Hacía mes y medio.

Desconectó el secador, se peinó, y se anudó el lazo delgado de estilo tejano. Comprobó que Adna aún dormía. Admiraba su belleza sin fallo alguno, su boca rasgada, su esbeltez, su larga cabellera castaña. Inhaló una vez más aquella atmósfera cargada de su sensualidad, del aroma de aquella colonia francesa que él asociaba físicamente a la compañía de Adna. Igual que la noche anterior había sentido deseo, ahora sentía una mezcla de simpatía y ternura, pero no estaba enamorado. Adna era cinco años más joven, pero bastante más vulgar.

Sentado en el sofá estampado de grullas y nenúfares del saloncito, escribió una nota.

«No me decido a ir a lo de Kid Creole y Cocoanuts.
Que resulte animado.
Que ese Rex sea un tipo divertido».
J.

La dejó sobre el grueso cristal de la mesa baja, encima del programa de mano que anunciaba la actuación de *Las Cabezas Parlantes* y de *Muchacho Criollo y los Cocos.* Recogió su entallada chaqueta de terciopelo granate y su bufanda de cachemir blanca, y abrió y cerró la puerta cuidadosamente, con sigilo, para no estorbar el sueño de Adna. Mientras caminaba hacia los ascensores, iba silbando inconscientemente.

Aproximadamente media hora después despertó Adna. Las ventanas del dúplex estaban orientadas hacia el sur. Filtrada por los visillos y las rendijas de la persiana, la tenue pero creciente claridad invernal le estaba dando ahora directamente en los párpados. Cambió de postura, para esquivarla en alguna medida. Adna no madrugaba jamás. Las mañanas acariciaban su pereza y las noches encendían su vitalidad.

Trabajaba como dibujante independiente y podía seguir su propio ritmo.

Era Sagitario. Tenía veintiséis años y dos meses, demasiados según él, pero muy pocos para un hombre que se había sometido ya a tres operaciones positivas, diferentes, de cirugía estética. Las amigas y los amigos de Adna William Twaddle le llamaban Addie. Es que su padre admiró en tiempos al general Chaffee. Por eso le había puesto a su único hijo ese primer nombre. En recuerdo de aquel militar distinguido en las I y II Guerras Mundiales, el Jefe de la Fuerza Acorazada Aerotransportada Mayor-General Adna R. Chaffee.

Al pasar por el saloncito adornado por retratos a difumino enmarcados, inspirados en las figuras de Spartaco, el ciego Edipo, Dorian Gray, Whitman, Nureyev y Cassius Clay, descubrió la nota de su amigo. Addie la leyó con indiferencia.

Pero Addie era cariñoso y muy popular. Disponía de muchas amigas y muchos amigos. Dejó conectado el contestador automático, antes de salir hacia la peluquería. Pensaba dar luego su habitual correría por dos o tres boutiques entre las calles 59 y 50, y por dos o tres tiendas de discos, a husmear novedades. Si encontraba los últimos L.P. de Talking Heads y de Kid Creole and the Cocoanuts, podría ensayar en casa pasos de baile personales que le serían útiles por la noche, en «*Cocks And Hens*».

* * *

Con la careta del Pato Donald alzada sobre la frente, con una porra de plomo cubierto de goma en la izquierda y su pistola de aire a supercompresión en la derecha, como un árbitro conciliador e inapelable que tomara precauciones reglamentarias ante el cariz demasiado violento de un partido, Joe reunió a los capitanes de los dos equipos junto a una salida lateral. Se situó deportivamente en medio del líder de los Millonarios Nazis Viciosos Insaciables del Bronx

y del jefe de los Patinadores Asesinos. Mientras daba consejos con una amabilidad descuidadamente falsa, veía sobre los hombros de los dos muchachos a los tres coches de policía parados en la acera contraria, infundiéndole aún más aplomo y seguridad.

Dos minutos antes, el servicio de orden había expulsado por la fuerza, cuando empezaron a enzarzarse en una disputa, a dos Patinadores Asesinos y a tres Millonarios Nazis del ardiente anfiteatro sur de *«Cocks And Hens»*.

Joe sugirió a los líderes que sus pandillas dirimieran sus diferencias dentro del vecino Central Park. Les prometió que, si regresaban en paz o por separado y mantenían distancias, les volvería a dejar entrar, sin pagar nuevas entradas, a la discoteca. Aún podrían aprovechar la noche con la actuación de Kid Creole y con la segunda de los Talking Heads.

Para él aquellos pandilleros sólo suponían un problema, pero sabía que la dirección consideraba su presencia como una atracción añadida a la de los grupos contratados, mientras no llegaran a desagradables excesos.

Joe regresó satisfecho de su gestión. Pero estaba decidido a cambiar su disfraz por la máscara y el frac del conde Drácula.

* * *

Aquel enjuto Drácula le había estado persiguiendo. Se cruzó con su mirada turbia y morbosa en el bar principal la primera vez. Luego se topó con él en la pista. También se encontraron en el bar lateral y en el anfiteatro sur. De no estar en compañía de Rex Silver, Addie se hubiera sentido acorralado. Quizá fuera simple aprensión. En una discoteca amplia y concurrida, uno se cruza decenas de veces con las mismas caras. Con los mismos tipos, los mismos vestidos, ropas o conjuntos llamativos e inconfundibles que, según la conducta de quienes los llevan, conservan durante horas y durante días alternos su atractivo

visual, pasado el impacto, o llegan a resultar cargantes a los pocos minutos. También se cruza uno con confundibles disfraces, con rostros parecidos.

La gran mayoría del personal deambula y merodea. No se queda quieto en un sitio determinado. Pero al menos por un par de veces, Addie Twaddle había podido grabar, había grabado nítida y forzosamente la mirada viscosa de aquel Drácula tortuoso y encontradizo. Delante del cartel en el que una madre, un padre y tres niños bailaban boogie-woogie sobre el slogan «Todo el mundo es feliz con una Vitrola RCA». Y en la esquina del bar principal, antes. En la segunda ocasión, a Addie le pareció que le mostraba un pequeño paquete envuelto en papel de regalo, con un lento y voluntario ademán claramente dirigido a sus ojos, en exclusiva.

Pero esta otra era una mirada gratamente excitante. Una mirada de perverso, fingido candor. La clase de miradas con la que las chicas de menos de veinte años avisan que han aprendido algo más sobre el sexo que cualquier oponente. Quizás están dispuestas a *tolerar* la prueba. A veces, como en aquella ocasión, clavan en uno una mirada despaciosa, de estudiada indiferencia, pero prolongada, pertinaz. Una onda más candente que la sofocante que desprendía aquella atmósfera cargada de frenesí y electricidad, alteró las pilas de Addie Twaddle. Inequívocamente aquella preciosa walkiria de 17 ó 18 años, de pelo rubio cortado al cero, cejas depiladas, botas de caucho rojo y grises overalls que descubrían entre los tirantes sus tetas abundantes y blanquecinas, le estaba mirando provocativamente, en expectativa. Ni por un segundo había reparado en Rex Silver. Rex le había confesado a Addie veintiocho años, pero estaba claro que pasaba de los treinta. Quizá llegara a los treinta y dos o treinta y tres. Y era simpático, pero vulgar.

De repente, la rubia desvió la mirada y se abrió paso en diagonal por la pista central.

Seguido por Rex, Addie empezó a bordear el bordillo del desnivel, protegiendo su whisky apretado el

vaso contra la cintura. Esquivaba los focos que caían en vertical y en oblícuas. Divisaba la espalda desnuda de la chica, cruzada por grises tirantes que se unían en ángulo agudo a la altura de la cintura, entre los cruces y las siluetas de los nuevaoleros danzantes. Y era divisado a su vez, desde lo alto de un anfiteatro. Pero Addie había olvidado a su perseguidor, al Drácula de mirada inquietante, mórbida. Medio segundo antes de chocar con otro príncipe de los vampiros, alto y fornido, Addie retrocedió instintivamente. No podía inducir que aquel imponente Drácula podría serle de utilidad. Joe, del servicio de orden, paseando majestuosamente en su ronda de vigilancia entre aquella turbamulta que despreciaba, se quedó meditando. No le había pasado desapercibido aquel extraño movimiento de retroceso nervioso. Sería conveniente observar a aquel muchacho. Hizo la señal oportuna.

La walkiria había desaparecido entre la multitud, a la altura del cartel «El Romance comienza y el Romance madura con una Parker, la Joya de las Estilográficas». La buscó en todas direcciones antes de renunciar, de momento, a encontrarla. Si ella no había abandonado *«Cocks And Hens»*, tenía tiempo de sobra para descubrir abajo o en los anfiteatros su cabeza semirrapada y sus lechosos hombros. No se dio cuenta de que el siniestro Drácula, ahora en la escalera Sur, acodado en el pasamanos, no le perdía de vista, pero sí de que también Rex se había desorientado. A escasa distancia, cerca del escalón de la pista central, otro Fantasma de la Opera se retorcía en movimientos catárticos. Pero su capa y sombrero eran pardos y diferentes su careta. Addie estaba sólo.

Addie Twaddle ingirió una pastilla y se abrió un pasillo entre los nuevaoleros, discómanos y rockeros, acercándose a la tarima sobre la que actuaban Kid Creole y los Cocoanuts, descargando y repartiendo tensión a tope.

Los ojos acuosos destellaban una maldad sórdida y glacial. Las estrías de su rostro erosionado por la ve-

jez estaban enmascaradas por una capa de polvos cenicientos. Dejaba escapar entredientes una odiosa risita asmática. Se ocultaba tras la columna más cercana a Adna Twaddle y desde allí observaba con malévola satisfacción la despreocupación del muchacho. Y dentro del bolsillo de la capa de forro escarlata, su mano derecha se cerraba como un garfio sobre el pequeño y terrible paquete. El haz de purpúrea luz le iluminaba desde la boca sin labios hasta el suelo. Pero su tenebrosa mirada quedaba a salvo, en la oscuridad.

Por encima de las espaldas de los fans y de la esbelta figura de Addie, el sudoroso cantante mulato, vestido de hacendado esclavista de Nueva Orleans, se abría de codos y machacaba los tacones contra las tablas. Addie seguía el compás con la cintura, los hombros y las piernas. Los de la sección de viento, uniformados como una banda de la Marina, se sentaban y se incorporaban de las sillas de tijera, y alzaban e inclinaban arriba, abajo y a los lados sus instrumentos, al estilo Glenn Miller.

—No puedes imaginar siquiera cómo vas a sufrir, Adna —dijo en voz baja y cascada el tortuoso perseguidor, siguiendo con un brillo malsano los contoneos de Addie Twaddle.

El batería golpeaba la caja con una cadencia constante, mientras las guitarras le rodeaban con catatónicas contorsiones. Las tres go-gos hacían vertiginosas señales de circulación con sus brazos, desplazando rítmicamente a derecha e izquierda sus lindos traseros. Y el animador recorría en todas direcciones el escenario, disfrazado de lobo de mar, atacando el aire con un arpón.

Addie se encajó en los labios otra pastilla, ajeno a la proximidad de la persona que le acechaba.

Notó que le rozaban por detrás. Le rozaban intencionalmente.

Giró sobre sus talones.

Sintió un escalofrío.

Drácula medía su expresión con estimadora mirada.

Pero los labios que goteaban sangre pintada se distendieron en una sonrisa de picardía, descubriendo una dentadura blanca y perfecta, y Addie admiró aquel hermosísimo rostro de talco, rasgado por párpados y labios violeta oscuro.

—¿Bailamos? —le propuso una voz femenina, gruesa y encantadora.

El Drácula escondido en la columna siguió con curiosidad no exenta de ironía las evoluciones de la mujer vampiro y de Addie Twaddle, entre las filas de fans embebidos en el escenario y los ágiles ocupantes de la pista central.

Sin embargo, tras cruzar unas cuantas palabras y bailar dos piezas, Verna, del servicio de orden, se convenció de que su compañero de baile era una persona inofensiva. Y sus deberes la reclamaron. Addie quedó de nuevo solo.

Sintió una angustia mortal al verse sorprendido por aquel otro monstruo que le susurró al oído:

—Te quiero, Adna...

Y emprendió una fuga desordenada. No quería volver a verle. Le traía a la memoria los recuerdos más lóbregos, repulsivos. Adna sentía náuseas. Le mareaba la atmósfera cargada, aquel desorden en el que creía oír estridentes carcajadas que le perseguían.

Buscaba la salida impacientemente, a empujones. Pero las pastillas le habían afectado por el lado malo. Subió a la carrera los escalones.

Se equivocó y se encontró rodeado de colgaduras, inmerso en un laberinto de harambeles de paño. Una pareja se amaba en el suelo. Los vaqueros de ella destacaban sobre la moqueta negra.

Y oyó la voz como un asqueroso y tibio suspiro, procedente de la red de cortinas de raso.

—... Eres bello, Adna...

Cambió de dirección y bajó por la otra escalera.

Pero en el rellano le aguardaba el repugnante anciano. Le esperaba tras la cortina la Muerte. Apenas a un palmo de su piel, los rasgos de una fealdad repulsiva, maligna como una máscara de museo de cera.

Sintió un aliento agrio que le alcanzaba la cara. Vio con terror el frasco emergiendo del pequeño paquete.

Sobre la cálida música de Kid Creole y los Cocoanuts, sobre el volumen de los altavoces, pasmando a todos los presentes, se alzó dentro de las paredes de «*Cocks And Hens*» un alarido horrísono, espeluznante, sin fin.

Y algo atravesó corriendo la pista lateral.

Y una figura delgada surgió entre la muchedumbre despavorida, interrumpiendo el baile, retorciéndose en estremecedoras contorsiones. Verna, Joe y los otros, alarmados, convergían a toda carrera en aquel extremo de la planta principal.

La gente más próxima, aterrada, ocultaba su vista o pretendía proteger sus oídos de los horríficos aullidos. Estos reflejaban los pavorosos dolores tanto o más que las convulsiones de Addie. Mientras sus manos se acercaban y se apartaban bruscamente de su cara, cuya carne iba aceleradamente corroyéndose por el efecto del terrible ácido.

La trampa

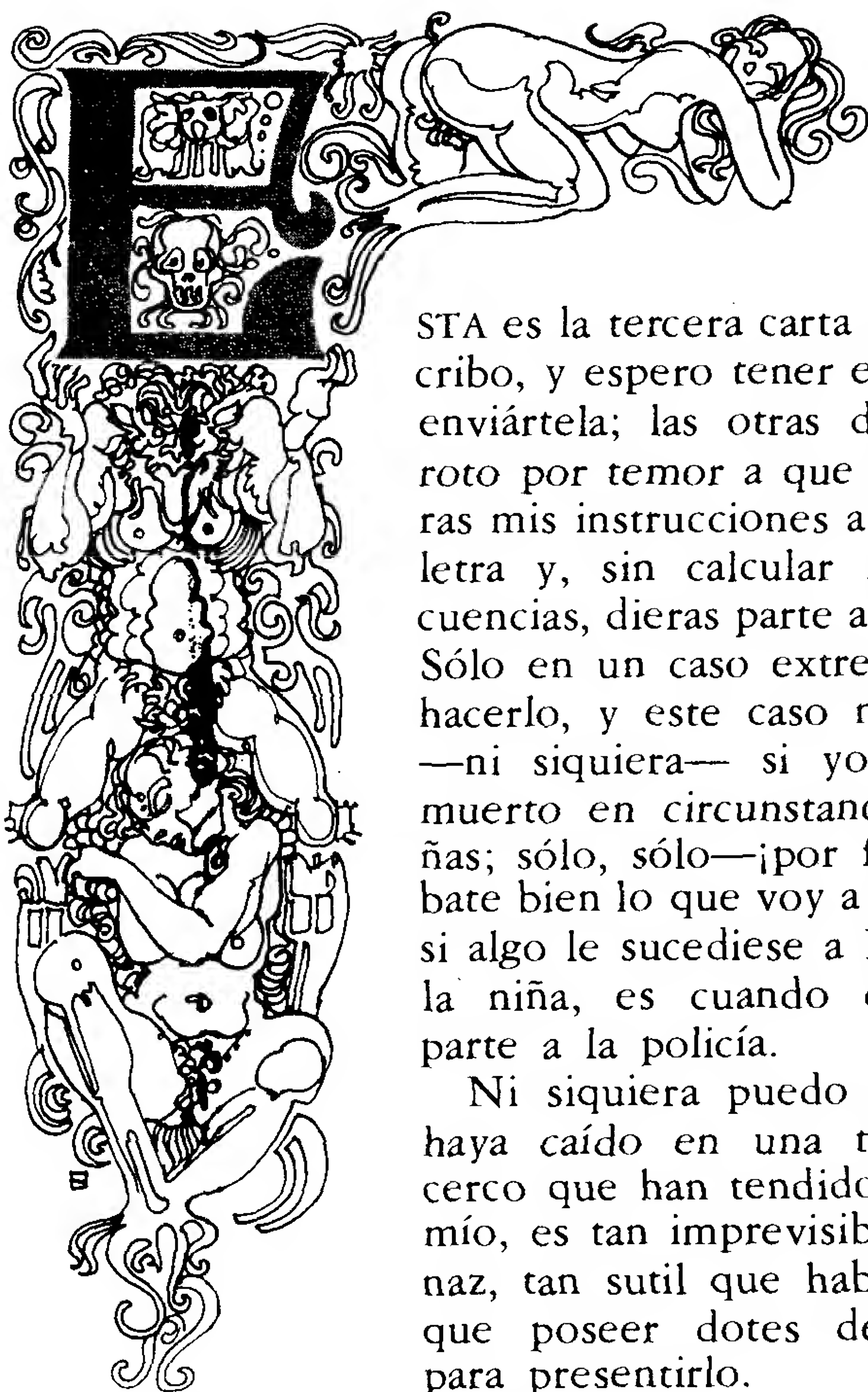




La trampa

Fernando M. Aroca

Aquel hombre resolvió, rápidamente y con amabilidad, su acuciante problema. Pero, ¿qué precio tendría que pagar por el servicio prestado...? Nunca podría haberlo imaginado.



STA es la tercera carta que te escribo, y espero tener el valor de enviártela; las otras dos las he roto por temor a que no siguieras mis instrucciones al pie de la letra y, sin calcular las consecuencias, dieras parte a la policía. Sólo en un caso extremo debes hacerlo, y este caso no lo será —ni siquiera— si yo aparezco muerto en circunstancias extrañas; sólo, sólo—¡por favor, grábate bien lo que voy a decirte!— si algo le sucediese a Bessie o a la niña, es cuando debes dar parte a la policía.

Ni siquiera puedo decir que haya caído en una trampa. El cerco que han tendido en torno mío, es tan imprevisible, tan tenaz, tan sutil que habría tenido que poseer dotes de adivino, para presentirlo.

El crimen perfecto, existe; pero no suele ser aquel en el cual nunca se descubre al criminal, ya que esto suele obedecer más al azar que a la perfección, fría y calculada, de quien lo comete: el crimen perfecto es el que se comete en personas como yo, obligándonos a convertirnos en criminales. Pero no es momento para divagaciones, reflexiones o arrepentimientos: Bessie y la niña son lo único que importa. Pensando

en ellas, procuraré relatar, con el máximo orden que me sea posible, los hechos. Ellos podrán ayudarte, si, como me temo, te obligan a intervenir.

Pese a la amistad que te une a Mr. Canne —por tu influencia, precisamente, entré a trabajar en su empresa— no creo que te haya dicho las verdaderas razones por lo que he sido despedido: me dio su palabra de honor de no comunicarlo a nadie, hasta que terminase un plazo. Le creo hombre de palabra y, las razones de ese plazo, el motivo por el que me lo concedió, han quedado sin efecto. De nada puede acusarme, como sabrás si sigues leyendo, y, por lo tanto, cualquier motivo que hubiese podido tener, y que, efectivamente, tuvo, para dañar mi reputación, ha desaparecido. «Todo olvidado», me dijo cuando dejamos resuelto el asunto, y, te lo repito, le creo hombre de palabra.

He trabajado en su empresa, como cajero, dos años, y, hasta que sucedió... aquello, nunca tuvo queja de mí. Lo ha proclamado, publicamente, en varias ocasiones.

Los hechos, procuraré ser lo más escueto y preciso posible, sucedieron así: hace unos tres meses, James y yo salimos a tomar unas copas. Bebimos con exceso, y sin que todavía haya podido explicarme cómo sucedió, estábamos sentados en un garito, bajo una lámpara, con unos individuos desconocidos, jugando una partida de póker. El alcohol que habíamos tomado no me permitía tener una conciencia clara de la situación. Iba perdiendo, y cada vez que me quedaba sin dinero, aquellos desconocidos, amablemente, me iban aceptando cheques. En ningún momento tuve una idea clara de la cantidad de dinero que había perdido. James, hacía horas que había abandonado la partida, y dormía la borrachera en un diván. Amanecía cuando dejamos la partida, y, al decidirme a marchar, uno de aquellos tipos, me pidió, por favor, pero con tono amenazador, el carnet de conducir y tomó nota detallada de mi dirección, después, sumando el importe de los cheques que había firmado, sin perder

el tono amenazador, me dijo: «Amigo, has perdido casi quince mil dólares; espero que en el banco tengas fondos. No permitimos que se nos tome el pelo» y, mientras hablaba, sacó una pistola y, distraidamente, me apuntó a la sien: «No nos gusta la violencia... ¡Pero si no hay otro remedio...!» Al comprender la realidad de la situación en la que me había metido, los vapores del whisky se me evaporaron de repente: no tenía aquel dinero en el banco y, dados mis escasos recursos, tardaría bastante tiempo para reunirlo, si es que lo podía conseguir.

Argumentando una fuerte jaqueca, pedí permiso en la oficina para ausentarme. Fui directamente al banco y hablé con el director, para solicitarle un crédito. Al conocer la cantidad, su inicial comentario fue lanzar un silbido de asombro. Me obligó a inventar una extraña historia sobre una inversión fabulosa, que pensaba realizar, al preguntarme para qué quería aquella cantidad; fábula que, comprendí en seguida, no había creído. Después, me puso varias trabas: la necesidad de un informe detallado, una declaración de bienes con los que responder, o la garantía del director de mi empresa. Estas condiciones, eran, evidentemente, inviables para mí. Con la zozobra, que ya rayaba en la desesperación, abandoné el banco.

Pensé pedirte un préstamo, ya que tú eres, todavía, el único amigo en quien puedo confiar. ¡Ojalá lo hubiese hecho! Estoy seguro que tú me habrías ayudado. ¡Pero ya es tarde para lementaciones! No lo hice por la vergüenza que me suponía detallarte el origen de la deuda.

No regresé al trabajo y vagabundeé, sin rumbo, por la ciudad, dándole vueltas a la cabeza para dar con el dinero. Pensé en cuantas personas conocidas podrían hacerme un préstamo de esa cuantía; una a una las fui desechando; con las que tenía la suficiente confianza, no tenían medios suficientes, y, las otras, no me hubiesen hecho un favor semejante. Como último recurso, pensé pedirle el dinero a Mr. Canne. Pero, ¿le diría la verdad?... No. No era posible. Ten-

dría, entonces, que inventar alguna razón creíble y poderosa, para que me adelantase esa cantidad. Esta decisión, me tranquilizó bastante, y, ya sereno, decidí regresar a casa. Cuando iba a introducir la llave en la cerradura, un claxon insistente me obligó a volver la cabeza: en un Cadillac verde, aparcado a la puerta de casa, estaban los tres hombres con los que había estado jugando la noche anterior, que me hacían una señal para que me acercase. Frente al volante, estaba el tipo que me había mostrado la pistola la noche anterior. Con tono frío, impersonal, pero que no dejaba dudas sobre su significado, me dijo: «Mañana iremos al banco... Ya sabes, amigo, no nos gusta la violencia», y me señaló la pistola que, encima del salpicadero, destellaba con las luces de los faros que venían en dirección opuesta. Con una serenidad de la que yo mismo me asombré, les pedí que no presentasen los talones antes de las doce de la mañana, ya que, antes de esa hora, habría hecho el depósito.

«Deseamos, por tu bien, que así sea». Pusieron el coche en marcha y se perdieron entre el abundante tráfico.

Bessie había telefoneado a la oficina, y, al decirle que me había marchado enfermo, estaba bastante preocupada. Con medias palabras, procuré hacerle olvidar el incidente, dándole a entender que de lo que tenía necesidad era de que me diese el aire fresco. Como, todavía, no se le había pasado el enfado de la noche anterior, no se molestó en hacerme más preguntas. Di un beso a la niña que ya dormía, tomé un vaso de leche, y, sin dar las buenas noches a Bessie, que estaba en el salón viendo la televisión, me metí en la cama.

Fingí estar dormido cuando Bessie se acostó, aunque no pude descansar en toda la noche, agitado por presagios y temores.

A la mañana siguiente, después de darme una ducha fría, a la que no estoy acostumbrado, ya que siempre me ducho con agua tibia, me dirigí, a una hora demasiado temprana, a la oficina. Sabía que Mr.

Canne era el primero que llegaba a trabajar, con lo que nos daba ejemplo a todos, y quería hablar con él antes de que comenzasen las visitas. Su secretaría, tan puntual como el jefe, me dijo que Mr. Canne estaba de viaje, y que no regresaría hasta dentro de una semana. «¿Se encuentra usted mal?», me dijo al ver la palidez de mi cara y el temblor de mis manos, que no pude disimular, al conocer la noticia. «No; no es nada», balbuceé. «Márchese a casa si no se encuentra bien», me insinúo con una cierta deferencia.

Me senté en mi mesa de trabajo, abrí la caja, y me dispuse a hacer el arqueo semanal. En caja había unos 35.000 dólares. La vista del dinero, me aturdió. Todo me daba vueltas. Sin saber muy exactamente lo que hacia, obedeciendo a mi subconsciente, metí 15.000 dólares en un sobre, y lo guardé en el bolsillo de la chaqueta. Todavía no habían llegado mis compañeros de trabajo, por lo que pude realizar esta operación sin ser observado por nadie.

Cuando llegó Samuel, mi ayudante, y cuya mesa de trabajo estaba frente a la mía, le llamó la atención mi palidez, y también me invitó a que me marchase, ofreciéndose, si había algún trabajo urgente, a realizarlo por mí. Volví a balbucear que seguía encontrándome mal, y decidí marcharme.

Mientras tomaba un taxi y me conducía al banco, pensé: «Cuando regrese Mr. Canne, le pediré el dinero y lo repondré. Nunca me ha negado nada». Tenía una semana por delante, toda una semana para inventar una excusa lógica y convincente para convencer a mi jefe. Este pensamiento, me dio ánimos.

Al entrar en el banco, miré detenidamente hacia un lado y otro, por si había allí alguna persona conocida a la que tuviera que dar explicaciones, ya que no es corriente, en gentes de mi posición, disponer de tanto dinero en efectivo, por lo que debía evitar que nadie me viese. Ninguna cara conocida operaba en aquel momento, lo que ayudó a que me sintiera aliviado.

Efectué el ingreso, y vagabundeé durante todo el

—Nada serio. Ya lo sabrá en su día. Lo importante es que acepte.

—¿Cree que tengo otra solución?

—Eso... usted lo sabrá.

Comprendí que no podía negarme, fuese cual fuese, mi tarea. Un hombre desesperado mide poco sus compromisos.

—Acepto.

Y el hombrecillo, sin mediar palabra, de un cajón de la mesita de noche, sacó un fajo de billetes.

—Aquí tiene dieciséis mil dólares... para los primeros gastos. ¿Tiene suficiente?

Mi asombro no conocía límites. Fuese cual fuese la tarea que tuviese que realizar, aquel era un regalo, venido de no sabía dónde, pero, desde luego, providencial.

—Me llamo Mr. Cadwell. Tranquilícese... y ya recibirá noticias nuestras. —Y, con una firmeza que parecía imposible en aquel cuerpecillo, siguió—. Por ahora es suficiente. Nos pondremos en contacto con usted, en el momento oportuno... Puede marcharse.

No me dio tiempo, siquiera, a darle las gracias. Al tomar el dinero, sin explicarme por qué, me quemaba.

Mi alegría fue tal que, antes de regresar a casa, compré una botella de champán francés para celebrarlo. Bessie, que todavía ignoraba mi despido de la oficina, pensó que me habían ascendido de categoría. Aquella noche fue, desde que comenzaron las vicisitudes, la única en la que tuve un poco de paz y alegría.

A la mañana siguiente, fui a la oficina y pagué a Mr. Canne los quince mil dólares. Su asombro fue, desde luego, superior al mío en el momento en que me entregaron el dinero.

Sin nada que hacer en todo el día, pensé que debería pasarme nuevamente por el Hotel Metropol para, que, a ser posible, Mr. Cadwell, me aclarase algo de mi futuro trabajo. Subí directamente a la habitación 1.227 y llamé con los nudillos; nadie me respondió.

Por si hubiese salido, bajé hasta recepción con el fin de dejarle una nota. Al preguntar por Mr. Cadwell, el recepcionista, tras consultar los archivos me contestó: «No se hospeda en este hotel». «¡Pero si anoche tenía —insistí alarmado— la habitación 1.227!» El recepcionista volvió a consultar sus ficheros y negó con la cabeza: «Esa habitación ha permanecido vacía durante la última semana». Aquel extraño suceso me alarmó bastante. ¿Sería posible que yo hubiera equivocado el nombre y el número de habitación de aquel hombrecillo? Como la nota recibida la había dejado en la chaqueta que usaba el día anterior, sin poder dominar mi curiosidad, regresé rápidamente a casa. Busqué en el bolsillo de la chaqueta, y encontré la nota; efectivamente, el hotel era el Metropol, y la habitación, la 1.227.

Durante unos días hice toda clase de conjeturas sobre aquellos sucesos, sin que ninguna me satisfaciera plenamente. Incluso llegué a pensar que se trataba de un loco, altruista y benefactor, que por azar había conocido mi situación y decidido resolverla. Pero, la verdad, es que esto nunca lo creí.

No puedo precisar el tiempo que había transcurrido, cuando sonó el teléfono de casa. Sin saber por qué, esperaba ansioso esa llamada: «Soy Mr. Cadwell. Meta en un pequeño maletín algo de ropa y los útiles de aseo. Estará fuera unos días. Dentro de cuarenta minutos, exactamente, esté en la puerta de su casa, pasaremos a recogerlo». Y colgó.

Estuve puntual a la cita. Una furgoneta, cerrada, se paró delante de mi puerta. Mr. Cadwell, con un gesto desde el interior de la cabina, me indicó que entrase en la parte trasera. Apenas lo hice, cerraron con llave, y nos pusimos en marcha. No pude precisar hacia dónde me conducían, pero confieso que no me inquieté demasiado. ¡Había llegado a tal extremo en mi estado de ánimo que cualquier cosa me parecía normal!

Debíamos haber caminado unas tres horas, cuando el vehículo se detuvo. Abrieron la puerta trasera, y

pude salir. Estaba en pleno campo, frente a un caserón antiguo y bastante deteriorado. Dos hombres, silenciosos, me miraban con curiosidad. Mr. Cadwell llamó a uno de ellos y le ordenó: «Acompáñale a su habitación». Y dirigiéndose a mí: «Descanse unos minutos. En seguida empezaremos el trabajo».

Aquel hombre no me dirigió una sola palabra, y yo, no me atreví a romper el silencio. La habitación que me habían asignado contaba, apenas, con lo necesario: un armario, una cama, dos sillas rústicas y un lavabo con jofaina.

Cuando regresé donde se hallaba Mr. Cadwell me preguntó sonriendo:

—¿Ha disparado alguna vez?

—No, nunca.

—Me lo temía.

El otro hombre, silencioso, llegó con una metralleta:

—Peter le enseñará.

El llamado Peter, casi con monosílabos, me enseñó a desmontar la metralleta. Cuando comprendió que había aprendido la lección, comenzamos los ejercicios de tiro. Durante tres días, no hicimos otra cosa que prácticas; con la metralleta y una pistola del nueve largo. Peter se asombró un poco de lo rápidamente que aprendí a disparar y, según dijo, en uno de sus escasos comentarios, en las condiciones naturales que tenía para hacer blanco.

Cuando los entrenamientos fueron satisfactorios, Mr. Cadwell, me indicó que ya podíamos regresar. Como a la ida, me encerraron en la parte trasera de la furgoneta, por lo que no pude localizar dónde había estado.

A los pocos días, Mr. Cadwell volvió a telefonearme, citándome a la entrada de un parque público. Llegó, como siempre, puntual, en un elegante Ford verde oscuro. Paró y me indicó que subiese. Junto a él, había otro hombre. Me alargó un sobre, mientras decía:

—Ahí están todos los datos de la persona que... debe desaparecer...

Comprendí, horrorizado, cual iba a ser mi misión: ¡me habían convertido en criminal a sueldo! Sin fuerzas siquiera para rebelarme, le dije, casi con un sollozo:

—¡Yo, nunca... Nunca... Nunca he hecho una cosa semejante!

—Ya lo sabemos, ya lo sabemos.

—¿Por qué no buscan a un asesino profesional, yo...?

—No lo ha hecho nunca, ni está fichado. Precisamente por eso nos interesa. Si cumple las instrucciones, nunca le podrán coger... Trabajamos limpio.

—¿Y si me niego?

Una risa hiriente, mordaz, se escapó de los labios de Mr. Cadwell:

—Para eso he traído a Thompson... Háblele, cuéntele... lo que le ha sucedido.

El hombre, con todo el odio y la rabia de la impotencia, masculló:

—¡Le cortaron el brazo a mi hija de... cinco años!

Y no pudo evitar que el llanto le cegase.

—¿Comprendido? —insistió Mr. Cadwell—. Lea las instrucciones.

Y me entregó un maletín, donde, sin destaparlo, sabía que estaba la metralleta.

Cuando abrí el sobre, lo primero que encontré fue una fotografía de Mr. Canne: él era la víctima. Una relación detallada de todas sus costumbres, lugares que frecuentaba, horario en que salía y regresaba de casa, dónde pasaba los fines de semana, etc.

En otra nota, en el mismo sobre, con las llaves de un coche que se encontraba en un aparcamiento público, se me indicaba dónde debería dejar la metralleta, una vez usada.

Llevo tres días siguiendo a Mr. Canne. He tenido varias ocasiones de dispararle, y no he podido. ¡Creo que nunca podré...! ¡El horror me paraliza...! ¡¡Yo no soy un criminal, y nunca podré serlo!! ¡Pero pensar

lo que pueda sucederle a Bessie y a la niña me enloquece...! ¡Jamás conocerá una tortura mayor...!

¿Qué podemos hacer, querido amigo? Soy incapaz de tomar ninguna decisión. Por si sucede, lo peor... te confío a Bessie y a la niña. Te lo repito: eres la única persona en la que puedo confiar. Un abrazo, y acaso.. adiós para siempre.

Tuyo. Charles.

* * *

El coche de Mr. Cadwell se detuvo ante el vehículo que ocupaba Charles.

—Acompáñame. El Jefe quiere verte.

Charles, en silencio y con la vaga esperanza de que el Jefe, a quien nunca había conocido, comprendiera su imposibilidad de matar, le siguió sumiso, entrando en el coche.

Recorrieron un par de manzanas y se detuvieron ante un rascacielos, ocupado enteramente por oficinas.

—Vamos.

Charles le siguió por el hall. Entraron en un ascensor y Mr. Cadwell tocó el botón del piso veinticuatro. Subieron en silencio. Cuando el ascensor se detuvo, el hombrecillo abrió una puerta que conducía, directamente, a las oficinas.

—Pase —y le indicó una puerta tapizada.

Al cruzarla, Charles, se encontró ante un despacho suntuoso, decorado con elegancia. Frente a una mesa de caoba, en un comodísimo butacón, estaba, Sttraffort. El asombro de Charles casi le hace caer.

—¿Tú, tú eres... el Jefe?

—Sí, Charles, yo soy... He recibido tu carta. Lamento no poder hacer nada por tí... Bessie y la niña están... invitadas en casa... ¿Comprendes?

—Comprendo.

* * *

Una ráfaga de metralleta, disparada desde un coche, acabó con la vida de Mr. Canne.

Los periódicos del día siguiente informaron que el asesino era un antiguo trabajador de su empresa, quien después de cometer el crimen se había suicidado.

La estatua de bronce

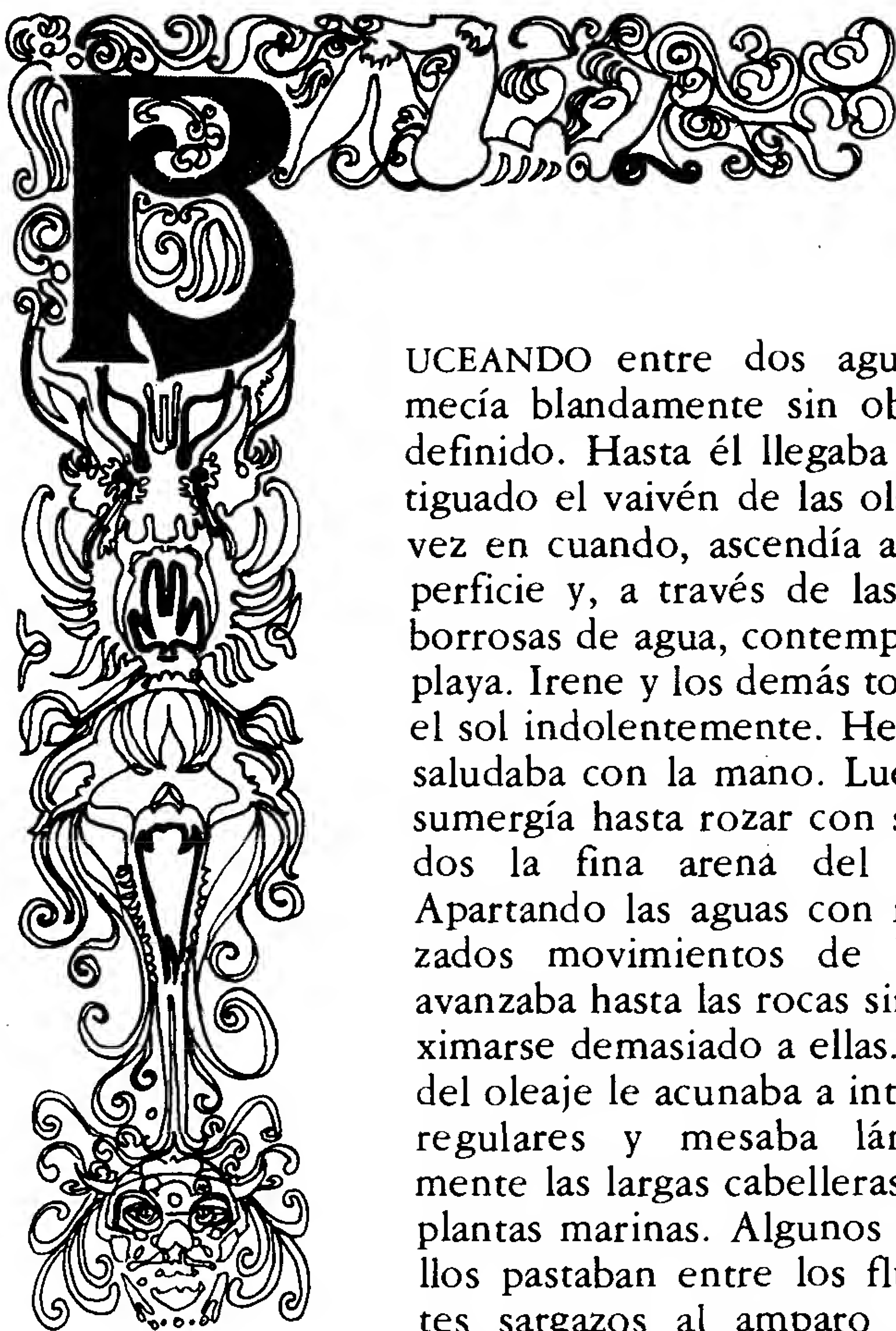




La estatua de bronce

Pedro Montero

El misterio más absoluto se cernía sobre el significado y el origen de aquella estatua fascinadora que hallaron casualmente en las profundidades marinas. ¿Deberían desvelar su secreto?



UCEANDO entre dos aguas, se mecía blandamente sin objetivo definido. Hasta él llegaba amortiguado el vaivén de las olas. De vez en cuando, ascendía a la superficie y, a través de las gafas, borrosas de agua, contemplaba la playa. Irene y los demás tomaban el sol indolentemente. Helena le saludaba con la mano. Luego, se sumergía hasta rozar con sus dedos la fina arena del fondo. Apartando las aguas con ralentizados movimientos de brazos, avanzaba hasta las rocas sin aproximarse demasiado a ellas. El eco del oleaje le acunaba a intervalos regulares y mesaba lánguidamente las largas cabelleras de las plantas marinas. Algunos pececillos pastaban entre los fluctuantes sargazos al amparo de sus temblorosas ramificaciones. Los rayos del sol, tamizados por más de tres metros de agua, espejeaban sobre el fondo reflejando silenciosamente la cambiante superficie.

De improviso, la vio. Su corazón aceleró su marcha alertado. Una mano surgía de la arena y se movía invitándole a aproximarse. Se detuvo un momento exigiéndose serenidad, y comprobó que no había tal movimiento. Se trataba tan sólo de una impresión

originada por las fluctuaciones del agua. Rápidamente pensó en un ahogado y experimentó repugnancia. Iba ya a iniciar la ascensión para dar la alerta, cuando consideró que resultaría pueril sembrar la alarma en la playa sin poder explicar exactamente por qué. Nadó en círculos alrededor de aquel brazo que surgía a través de la fina arena del fondo y pudo comprobar que aquel miembro, desfigurado en parte por adherencias y concreciones, no aparecía crispado en absoluto. Un poco más cerca, le pareció que la mano tenía aspecto metálico. El antebrazo relucía en algunos puntos, mostrando a través de recientes arañazos el inequívoco brillo del bronce.

Escarbando en torno a aquella sorprendente extremidad, fue descubriendo el resto del brazo de lo que, sin duda, era una escultura sumergida. A la sorpresa inicial siguió una sensación de gozo: había localizado, por puro accidente, un valioso resto arqueológico. Escarbó un poco más y, de súbito, el agua que le rodeaba se estremeció a impulsos de una ola más potente. Sintió que aquel movimiento le alejaba e, instintivamente, asió con la suya la mano metálica. Sus dedos se entrelazaron con los de la estatua y, durante unos angustiosos segundos, experimentó la sensación de que aquella mano se cerraba asiendo fuertemente sus dedos. Cuando por fin pudo zafarse, comprendió que sus nervios le habían traicionado. Miró en derredor en busca de un accidente significativo que le ayudara a localizar el sitio e, impulsándose vigorosamente, salió a la superficie.

No dijo palabra acerca de su descubrimiento hasta que Irene y los demás se hubieron marchado. Cuando, al caer la tarde, se quedaron solos, reveló a Helena que había encontrado una estatua sumergida en la arena. En aquella zona no eran infrecuentes los hallazgos arqueológicos; el museo del pueblo poseía un nutrido depósito de restos griegos y romanos. La misma casa que habitaban tenía incluidos en sus muros bloques de piedra pertenecientes a las ruinas de una antigua villa romana, y, en una habitación pri-

vada, guardaban celosamente, fuera de la vista de extraños y conocidos, algunos pequeños hallazgos de los que no habían querido dar cuenta a las autoridades.

A pesar de lo avanzado de la hora, Helena insistió en zambullirse para contemplar la estatua. Vistieron ambos las escafandras autónomas y bucearon hacia el punto en que Alejandro había hecho el descubrimiento. El sol descendía ya cerca del horizonte y la visibilidad se iba haciendo escasa. Los últimos rayos del astro rey se filtraban moribundos iluminando apenas el fondo arenoso.

Tras algunas vacilaciones, Alejandro localizó el paraje. Muy cerca de una roca, la mano metálica pareció saludarles con suaves movimientos de vaivén. Las capas de agua, desplazándose a distinta velocidad, creaban ilusiones nada tranquilizadoras.

Nadaron en círculo alrededor de aquella extremidad emergida de la arena, la cual, removida por las ondulaciones de la masa líquida, había dejado ya al descubierto una considerable extensión del brazo. Hombre y mujer intercambiaban miradas de vez en cuando. En determinado momento, Helena se detuvo y se aproximó a la extremidad metálica. Raspó suavemente contra su superficie y gran parte de las concreciones calizas que desfiguraban la línea del brazo se desprendieron enturbiando momentáneamente el agua. Alejandro indicó con su dedo pulgar la superficie; la oscuridad era ahora casi completa. Cuando ascendieron parsimoniosamente, la mano parecía balancearse en un saludo de despedida. Algunos pececillos nadaron cerca del fondo esquivando cuidadosamente aquel lugar.

* * *

Después de la cena se sentaron en la terraza. El rumor de las olas ascendía desde la playa, sumida ahora en la oscuridad. Tan sólo era visible la línea divisoria entre el mar y la tierra. El inquieto hervi-

dero de espuma fosforescía derramándose sobre la arena.

Helena tenía la vista fija en las oscuras aguas y no parecía participar del entusiasmo de Alejandro por el reciente descubrimiento. Si, como era de suponer, la estatua era de bronce, resultaría imposible su traslado a la casa. El hecho de reclamar ayuda de parte de los campesinos supondría la revelación del hallazgo a las autoridades, lo que traería consigo la requisa automática del bronce y una serie de molestias derivadas de las inspecciones que una legión de arqueólogos llevaría a cabo en el fragmento de costa anejo a la casa. El hecho de que se tratara de una playa privada no constituiría un obstáculo para los celosos guardianes del Patrimonio Artístico Nacional.

Alejandro no objetó nada a las palabras de su esposa, pero, en su fuero interno, tenía la certeza de que existía una solución al dilema. Todo lo que deseaba en aquellos momentos era que transcurriera la noche lo más pronto posible para volver a bucear cerca de la estatua.

Apenas amaneció, a pesar de que la temperatura del agua era todavía baja, se aproximó a la orilla con su equipo de buceo. El brazo emergido de la arena le llamaba imperiosamente. Nadó con ansiedad hasta las doce rocas gemelas, referencia que le señalaba el lugar del descubrimiento, y se dejó caer suavemente cerca del brazo metálico. La arena había sido removida por las corrientes durante la noche dejando al descubierto toda la extremidad.

Hurgó cerca de donde se adivinaba el hombro y separó la arena con facilidad. Desenterrar la totalidad de la escultura no parecía labor ardua.

Procurando no enturbiar demasiado el agua, fue apartando con precaución la arena, pero al comprobar que, por falta de utensilios adecuados, le llevaría al menos toda la jornada dejar al descubierto la estatua, renunció a la tarea y se decidió a emerger en busca de una pala o un útil similar. Una hora más tarde, volvía acompañado de Helena.

Desde los intersticios de las rocas, semiocultos entre las movedizas plantas submarinas, algunos pececillos seguían con atención el trabajo de la pareja, que, moviéndose perezosamente entre dos aguas, iba retirando la arena y dejando al descubierto algo que había permanecido durante siglos fuera del alcance de ojos humanos.

Tras dos horas de trabajos y la sustitución de las botellas de oxígeno, Helena y Alejandro habían excavado un cráter en torno a la escultura, que aparecía ahora recostada sobre el fondo marino. La superficie metálica se encontraba desfigurada, y sus líneas ocultas bajo una capa de adherencias, a pesar de lo cual podía intuirse una belleza de formas fuera de lo común.

Como todas las noches, se sentaron en la terraza frente al mar cuando sus amigos regresaron a sus respectivas casas. En más de una ocasión, uno de los dos esposos había tenido que reconvenir con la mirada al otro pensando que estaba a punto de decir una palabra que pondría de manifiesto el descubrimiento que habían hecho. Ciertamente, resultaba difícil guardar para sí un secreto de aquel calibre. Helena estaba convencida de que, más tarde o más temprano, terminarían por enterarse.

Por otra parte, y sin explicarse exactamente por qué, durante el transcurso de la tarde, había experimentado verdaderos deseos de hacer partícipes a sus amigos de su hallazgo. Se diría que, en el fondo de su alma, se había instalado el germen de una naciente inquietud. Comenzaba a sentir la necesidad de comentar con alguien el descubrimiento e, indagando en su interior, tuvo que reconocer que aquel deseo tenía su origen en un vago temor que había hecho presa en ella. No obstante lo cual, se abstuvo de comunicar sus sentimientos a Alejandro.

Al día siguiente, y siguiendo las instrucciones de Alejandro, se sumergieron provistos de unas cuerdas y algunos útiles. Una vez en las proximidades de la estatua, utilizando las cuerdas y una pequeña polea,

consiguieron enderezar la estatua sin grandes dificultades. Lo que hubiera resultado imposible en la superficie, había exigido tan sólo algunos esfuerzos bajo el agua.

De estatura superior a la de una persona, el bronce aparecía majestuoso erguido sobre el fondo del mar. Podía tratarse de la representación idealizada de algún personaje de la antigüedad, o quizá de algún dios de la mitología clásica, pero la carencia de atributos significativos no permitía sino hacer cábalas acerca de la verdadera significación de la estatua.

Con todo cuidado, comenzaron en aquel mismo momento la tarea de limpiar la superficie de bronce de adherencias que rompían la armonía de sus líneas. Algunos utensilios sencillos bastaron para restaurar la primitiva belleza de la figura, y, al cabo de dos o tres sesiones, quedó al descubierto la singular contextura de la estatua de bronce.

Por la mañana, Helena no supo a qué atribuir el pequeño charco de agua en el suelo de la terraza. No había llovido, ni ella había colgado ninguna prenda a secar en la cuerda destinada a tal efecto. Sobre la arena húmeda de la playa, todavía se conservaban las pisadas de la pareja en su camino hacia la casa. Mezcladas con aquellas huellas podían advertirse otras, más grandes y profundas, en las que ni Helena ni Alejandro repararon. Si lo hicieron, juzgaron preferible no comentar nada al respecto.

Bajo la luz del mediodía, tamizada por la masa de agua, la estatua relucía de un modo casi sobrenatural. Conforme descendían hacia ella, no pudieron por menos de mirarse significativamente. Alejandro unió el índice y el pulgar de su mano derecha queriendo indicar que sus esfuerzos habían sido coronados por el éxito. Helena rozó el hombro de su marido y afirmó con la cabeza.

Nadando a ras del fondo, la estatua resultaba algo grandioso y de singular efecto. Desde la altura de su cabeza, parecía mirarles con un cierto desdén. Su torso, de una perfección clásica, daba la impresión,

debido a las fluctuaciones del agua, de abombarse de vez en cuando como a impulsos de una imposible respiración. Uno de sus brazos, el que dejaran al descubierto las corrientes días atrás, aparecía despegado del cuerpo; el otro descendía inerte. La actitud de la escultura carecía de cualquier signo de indolencia o humanidad que pudieran denotar su posible origen o la escuela o escultor por la que había sido realizada. Había en ella, por el contrario, una cierta majestad soberbia que imponía respeto al ser contemplada; una especie de gesto amenazante en un impasible rostro.

—El guardián —comentó Alejandro de improviso.

—¿Guardián, de qué?

—Parece que vigila entre dos aguas. Lo que no daría el museo por exhibirlo en una de sus salas —meditó Alejandro en voz alta. El rumor de las olas inundaba la terraza envuelta en las sombras de la noche. Helena pensó en la estatua sumergida mientras aspiraba el humo de su cigarrillo.

—Algún día lo descubriremos —repuso.

—No tengo ninguna intención de hacerlo —Alejandro se sirvió una generosa dosis de whisky—. Lo hemos encontrado nosotros, y en nuestra propiedad.

—¿Guardián, de qué?

—No lo sé —respondió el hombre—. Guardián de nuestra casa, del chalet.

—No impedirá que nos roben —comentó Helena.

—Guardián de los peligros procedentes del mar. Es un guardián, de eso no me cabe la menor duda. ¿Vamos a verlo?

—Estás loco —Helena denegó con la cabeza—. ¿Ahora?

—¿Por qué no? Está cerca de las rocas. El mar está calmado. Bastará con llevar unas linternas.

Helena experimentó un cierto sentimiento de temor. Un escalofrío recorrió su espalda imaginándose sumergida en la oscuridad cerca de la estatua.

Aquella noche tuvo extrañas pesadillas que le impidieron descansar adecuadamente. Soñó que un castigo inexorable les amenazaba por haber osado descubrir lo que estaba destinado a permanecer para siempre en las tinieblas. Se despertó sobresaltada en medio de la noche. La brisa agitaba las cortinas del ventanal que permitía el acceso a la terraza. La luz de la luna llena bañaba con su palidez la superficie de las cosas, y se filtraba hasta el interior del dormitorio a través de las ventanas abiertas. Después volvió a quedarse dormida.

Al cabo de un tiempo que no pudo calcular, experimentó una inquietud desazonante. Abrió los ojos y permaneció inmóvil presa de un terror cerval: un coloso de bronce, húmedo todavía, la contemplaba impasible desde la puerta de la terraza. La luz de la luna se reflejaba en su piel de metal. Uno de sus brazos pendía a lo largo del cuerpo, el otro, ligeramente doblado, parecía indicar algo en determinada dirección. Las facciones de su broncíneo rostro permanecían impasibles, sin denotar ningún tipo de sentimiento humano. En el fondo de los perfectos ojos, no obstante, se diría que brillaba un destello de terrible cólera.

Volviéndose hacia Alejandro, le zarandeó sin control hasta que logró despertarle. De su garganta, atenazada por la garra del miedo, no pudo surgir ni siquiera un lamento de desesperación.

—¿Qué ocurre? —preguntó incorporándose en el lecho. Helena se estrechó contra él y, de súbito, prorrumpió en alaridos.

—¡La estatua! —exclamó entre sollozos.

—Cálmate, Helena. ¿Qué te pasa?

—¡Ahí! ¡En la terraza...! La he visto... Me miraba desde la terraza.

Alejandro rodeó con sus brazos a la mujer tratando de tranquilizarla. La luz del astro nocturno bañaba el suelo de la terraza y dibujaba un rectángulo sobre el del dormitorio. Las cortinas oscilaban suavemente mecidas por la brisa nocturna.

—Has tenido una pesadilla.

—Estaba ahí... Te lo juro. Me miraba con odio —sollozó Helena.

—Tranquilízate. Fuera no hay nadie.

—En la terraza...

Alejandro obligó suavemente a su esposa a volver la cabeza hacia el gran ventanal.

—Vamos —dijo levantándose—. Convéncete por tí misma. Ven.

Salieron a la terraza. Helena se aferraba a su marido con manos convulsas. La luz fantasmal de la luna y el hervor de la resaca les acogieron en el exterior de la casa.

—Nadie —musitó cariñosamente Alejandro—. Sólo has soñado.

—¿Y esto? —Helena señaló un charco de agua sobre los baldosines.

—Habrán caído unas gotas. El aire está cargado de humedad.

Helena permaneció silenciosa durante el desayuno, y Alejandro optó por no sacar a colación el episodio de la noche anterior. A media mañana apareció Irene con un amigo y los cuatro se dirigieron hacia la cancha de tenis. Helena jugó mal y con evidente desgana. A la mitad de un set, pretextando haberse dañado un brazo, abandonó el terreno de juego y se dirigió a la playa. Desde la pista, Alejandro la vio sentada sobre una roca. Parecía ensimismada en la contemplación del oleaje; ni siquiera se molestó en desvestirse y ponerse el traje de baño.

Tras la siesta, Helena continuaba encerrada en un mutismo hermético. Su mirada era huidiza, y la palidez de su rostro denotaba que no había logrado superar todavía los terrores de una noche de pesadilla. Alejandro consideró que el único modo de tranquilizarla era obligarla a enfrentarse directamente a sus temores.

—Se trata tan sólo de una estatua, Helena —in-

tentó razonar. La mujer continuó silenciosa—. Es algo insólito mantenerla bajo el agua para nuestra exclusiva contemplación, lo sé, pero notificarlo a las autoridades nos acarrearía innumerables molestias. No nos dejarían en paz el resto del verano.

—Hay algo más, Alejandro... —musitó ella.

—¿Algo más?

—Esta noche...

—Es absurdo que una persona culta pueda considerar que una simple estatua de bronce...

—Sé que puede parecer absurdo; desde esta mañana he tratado de convencerme de que todo fue una pesadilla, pero la impresión que recibí fue tan vívida... No creo que esta noche pueda conciliar el sueño.

—Exageras, Helena —replicó Alejandro comenzando a sentirse molesto—. ¿Quieres desterrar tus absurdos temores de una vez?

—Ojalá pudiera...

—La única forma de hacerlo es enfrentarte de nuevo con lo que te ha asustado. Vamos a bucear junto a la roca.

—¿Qué dices? ¿Imaginas que, aunque lo hiciera, iba a desaparecer el miedo? —exclamó nerviosa Helena—. ¿Y las noches?

Alejandro optó por interrumpir la discusión. La pesadilla estaba demasiado reciente como para intentar paliar sus efectos. Haría falta el paso de un período de tiempo. Helena pareció enfrascarse en la lectura de un libro, pero, de vez en cuando, levantaba la vista de las páginas y contemplaba las aguas del mar. Al cabo de una hora, cerró el volumen y se puso en pie.

—Está bien —dijo.

—¿Mejor? —preguntó Alejandro.

—Vamos a sumergirnos —añadió resuelta.

Cuando buceaban camino de la estatua, la luz resultaba ya incierta. En previsión de que la oscuridad fuera excesiva, se habían provisto de sendas linternas

que encendieron a poco de entrar en el agua. El haz luminoso de los reflectores avivaba los colores submarinos y hacía huir a centenares de pececillos, que corrían a refugiarse entre las plantas del fondo. Helena nadaba ligeramente rezagada y, tras el grueso cristal de sus gafas de buceo, sus ojos, enormemente ampliados por un efecto óptico, se movían nerviosos en todas direcciones.

Finalmente la vieron. Firmemente asentada, la estatua parecía agitar uno de sus brazos como dándoles la bienvenida. Las fluctuaciones del agua a veces juegan malas pasadas, y la pareja lo sabía, a pesar de lo cual, Helena se estremeció involuntariamente. La luz de las linternas arrancó reflejos metálicos de la superficie de bronce y proyectó una cambiante y movediza sombra tras la estatua.

Deteniéndose frente a ella, nadaron entre dos aguas. Alejandro daba la mano a Helena, la cual tenía sus ojos fijos en los de la figura de metal. El hombre se aproximó más al coloso e invitó a la mujer a que acariciara la pulida superficie de bronce. Ella se resistió en un principio, pero después cedió. El contacto con la estatua parecía producir en Helena una sensación de temblor eléctrico. Las manos de la pareja recorrieron el bronce y, de súbito, a causa seguramente de la falta de estabilidad creada por la presión, la estatua se tambaleó y cayó lentamente hacia atrás. Al derrumbarse, una nube de polvo enturbió el agua y, durante unos minutos, que a Helena le parecieron siglos, no pudieron ver nada en absoluto.

Cuando el polvo se fue asentando, contemplaron al coloso caído sobre la arena. Uno de sus brazos, aquel que las corrientes desenterraran fechas atrás, aparecía tendido y como señalando alguna cosa. Muy cerca de la mano, una gran argolla metálica había quedado al descubierto. Tras una fina capa de sedimentos se adivinaba una losa rectangular, que seguramente podría abrirse tirando de la argolla. Alejandro se aproximó a la losa y comenzó a limpiar de arena las junturas, pero al contemplar a Helena, que presentaba signos

de ser presa de un pánico cerval, la tomó de la mano y, juntos, iniciaron la ascensión.

—Denúncialo —pidió Helena apenas pusieron pie en la playa—. No soporto por más tiempo esa cosa—. Alejandro permaneció silencioso. Después pareció pensar en voz alta.

—El guardián... —dijo—. Toma una ducha y acuéstate, Helena.

—Creí morir de terror.

—Esa losa... Seguramente es el guardián de algo valioso. ¿Me prometes que te acostarás ahora?

—¿Qué quieres decir?

—Tengo que ver lo que hay tras esa losa, y prefiero hacerlo solo.

—Te lo ruego, Alejandro, no vuelvas a bajar ahora. Puede ser peligroso.

—¿El guardián? —preguntó él con cierto tono despectivo.

—Puede sobrevenir un accidente. De noche y en solitario —Helena intentaba resultar convincente— cualquier pequeño percance adquiere proporciones de gravedad.

—Sólo quiero levantar la losa.

—Oh, Dios mío —sollozó la mujer—. ¿No puedes esperar a hacerlo con la luz del sol? ¿Quieres que enferme de ansiedad mientras te sumerges de nuevo?

En los ojos de Alejandro brillaba una luz de obstinación. Helena se retorcía las manos en ademán de súplica.

—Está bien —concedió finalmente—. Esperaremos a mañana. Lo más lógico es dar parte a las autoridades arqueológicas, pero antes le echaremos una ojeada. ¿De acuerdo?

Helena asintió más tranquila. Todo lo que deseaba era ganar tiempo. Apenas amaneciera telefonearía a la comisaría del pueblo o a cualquier otro sitio, no sabía adónde, para que se hicieran cargo del hallazgo y se encargaran ellos mismos de las investigaciones posteriores.

Se revolvía inquieta en el lecho. Durante las últimas horas había permanecido en una especie de duermevela, sumida a medias en un sueño inquieto. Hasta ella llegaban, distorsionados los rumores de la noche: sentía el hervor de la resaca; el estrellarse de alguna ola contra las rocas; la sirena de algún barco de pesca. Dentro del intranquilo sueño (o quizá lo era por eso mismo), se esforzaba por no soñar con la estatua de bronce, pero el guardián subacuático pugnaba una y otra vez por introducirse en el curso de sus pesadillas.

Súbitamente, se despertó sobresaltada y se incorporó en el lecho. Su vista se dirigió hacia el ventanal que daba a la terraza. Tras las cortinas, mecidas por la brisa nocturna, se derramaba la claridad lechosa del astro nocturno. Fuera no parecía haber nadie. Un momento después, se apercibió de que se encontraba sola en el dormitorio. La cama de Alejandro estaba vacía.

Levantándose con presteza, recorrió el salón y, posteriormente, la cocina. Salió a la terraza y oteó, todo lo que a la luz de la luna le era posible, los alrededores de la casa. Finalmente, con voz alterada por el miedo, llamó a su marido.

Tras unos minutos de búsqueda infructuosa, se dirigió hacia la caseta de la playa y, una vez allí, comprobó que lo que sospechaba era cierto: el equipo de buceo de Alejandro no aparecía colgado en su correspondiente lugar.

Permaneció un buen rato en actitud vacilante luchando entre el deseo de bajar a hacer compañía a su marido y el terror que le inspiraban la estatua y la misteriosa lápida recién descubierta. Finalmente triunfaron sus sentimientos hacia Alejandro y, vistiendo el equipo de buceo, se dirigió hacia el agua, no sin haberse provisto de antemano de una potente linterna.

Conforme se dirigía hacia el lugar en que sin duda se encontraba Alejandro, su corazón se iba encogiendo a causa del terror. La temperatura del agua era

baja, pero no era aquello lo que producía la serie de escalofríos que recorrían su cuerpo. El poderoso haz de luz hendía las aguas y arrancaba matices fulgurantes de rocas y plantas acuáticas. De vez en cuando, una manada de pececillos atravesaba la zona iluminada. Algún animal de mayor tamaño, oscuro y sigiloso, huía impulsándose con un vigoroso coletazo al ver interrumpido su descanso. Las burbujas procedentes de la respiración de Helena ascendían mansamente hacia la superficie, como huyendo precavidamente de Dios sabe qué inminente peligro.

Cerca ya de las rocas gemelas, su corazón dio un vuelco: la estatua del coloso había desaparecido. Se detuvo entre dos aguas y enfocó la linterna en todas direcciones. No había ni rastro del coloso de bronce. Más cerca del fondo, advirtió con pavor que la lápida había sido descorrida. Se aproximó con precauciones al amplio hueco e, introduciendo la linterna, iluminó lo que resultó ser una gran cavidad cuyo final no alcanzaba a divisar. Una luz fluctuante en la lejanía de la cueva logró tranquilizar momentáneamente su desbocado corazón: sin duda, Alejandro se encontraba explorando el interior.

Apagó y encendió varias veces su linterna para hacerle señas, pero la otra luz continuó alumbrando sin responder a las indicaciones de Helena, que, decidida a llegar al lado de su esposo, se introdujo a través de la entrada y comenzó a nadar apresuradamente hacia la lejana luminaria. No había avanzado diez metros, cuando se sintió bamboleada por una vibración del agua. Miró hacia atrás, al tiempo que enfocaba la linterna en aquella dirección, y se sintió morir de terror: la lápida había vuelto a cerrarse encajándose sólidamente.

El miedo hizo que sus brazos y piernas la impulsaran más vigorosamente hacia la luz de la otra linterna, cuyo haz oscilaba de izquierda a derecha, como si Alejandro estuviera buscando algo. De pronto lo localizó. Allá, al fondo, Alejandro nadaba entre dos aguas parsimoniosamente; asido por una mano, arras-

traba al coloso broncíneo. Helena apresuró su marcha y, cuando estuvo lo suficientemente cerca, experimentó un pánico infinito: quién se alejaba nadando parsimoniosamente era el coloso de bronce, que sujetaba con su mano metálica el cuerpo exánime de Alejandro y lo arrastraba hacia las profundidades de aquel misterioso ámbito.

Se detuvo aterrada y comenzó a retroceder hacia la entrada. No bien lo había hecho, cuando el coloso, misteriosamente animado, volvió su cabeza metálica, y, al verla, soltando el cuerpo sin vida de Alejandro, comenzó a nadar con rapidez hacia la mujer, la cual, con los ojos desorbitados, intentó acelerar su huida.

Una vez ante la lápida, Helena forcejeó y la empujó con todas sus fuerzas, pero todo fue en vano. Estaba sólidamente encajada y no volvería a abrirse, por lo menos durante muchos años.

Una mano de hierro se aferró a su garganta y comenzó a apretar sin compasión. Helena sintió que le faltaba el aire. Sus pulmones comenzaron a arder y su vista se nubló de súbito. La linterna cayó de sus manos y se precipitó lentamente hacia el fondo sumiendo la escena en una absoluta oscuridad. El silencio de aquellas profundidades sólo fue roto cuando, con gesto espasmódico, la mujer se despojó de la mascarilla e intentó emitir un grito de socorro. Las últimas burbujas de aire salieron de su boca acompañando un borboteo informe. Después, el silencio y la oscuridad volvieron a reinar en aquellas profundas regiones.



Sólo parpadear



Sólo parpadear

Juan Tébar

«... Y si fue un sueño... ¿Por qué no estaba en el Hotel?... A no ser que también el Hotel fuese un sueño...»

A Conchita Goyanes, que hubiese recogido alguna oreja para su uso particular.



CARLOS dobló la esquina y el viento le dio de cara. El aire levantaba una cortina de polvo como quien levanta una falda, y se veía una luna redonda, iluminando a nadie. Los granitos de arena golpeaban el cristal de sus gafas.

El hombre estaba allí, a la vuelta de aquella esquina, junto al farol. La polvareda hacía difícil verle con claridad. Estaba agachado, como buscando algo o colocándolo en el suelo. Era manco, y una manga de su camisa ondeaba al viento como un trapo. El primer hombre que veía en la noche. Carlos lo agradeció.

(La peculiar melancolía de los lugares de paso se le acrecentó especialmente con la soledad de aquel Hotel vacío. Luego salió a dar este paseo decepcionante. Nadie en ningún sitio...)

Por eso le apeteció hablar a aquel hombre. Había un farol verde adosado al muro de aquella esquina. Colocándose a su favor, Carlos vio que recogía del suelo un objeto con su única mano. Le miró entonces el hombre. No se había afeitado y en sus ojos lucía un extraño estupor.

También pudo ver Carlos a la luz del farol el objeto que pendía ahora de la mano del hombre. Era un brazo. Un brazo humano entero, cortado por el hombro. Un brazo desnudo con vello rizado. Sin señal alguna de sangre.

El hombre levantó el brazo cogiéndolo por el codo y lo llevó al extremo de su muñón donde se mecía al viento la manga solitaria. El brazo resbaló y cayó al suelo sordamente.

—Otra vez... Se ha caído otra vez. Lo llevaba antes bien puesto, como el otro... Resbala... Se cae...

(¿Había soñado durante su corta siesta en el Hotel? No era capaz de recordarlo. Sólo sabía que estuvo incómodo. Y soledad... ¿Estaba soñando ahora? Quizá no había salido del Hotel...)

... Respiró fuerte, sentado en el banco de aquella plaza solitaria, recuperando aliento de la carrera y el susto. La polvareda parecía haberse calmado.

Solitaria la plaza... Procuró tranquilizarse. A veces se tienen alucinaciones...

Quiosco de la música; el cine enfrente, cerrado, con los carteles rotos: trozos de una película en colores en la que trabajaba Kim Novak... Una puerta de cristales cerca. Tenía luz. Quizás era un bar.

Sed. Tenía seca la garganta. Se levantó del banco.

Debía ser la una menos cuarto (A las doce había salido del Hotel. ¿Había salido...?). Miró su reloj: Exactamente, la una menos cuarto.

Atravesó la plaza y llegó a la puerta del bar. Una música dentro. FASCINACION, familiar, un poco viejo... Carlos vio el disco, grande, dando vueltas muy rápidas —a él le parecían demasiado rápidas...— cuando entró en el local. ¿Alguien había huido escondiéndose en la trastienda...? Quizá. Alguien que renqueaba. A Carlos le pareció advertir algún semblante crispado, algún paso irregular, algún rostro a medias, tapado con la mano...

Sólo quedaba ella ahora. Tras el mostrador. Rubia, guapa. Tenía unos ojos amplios, oscuros, y una boca rasgada como un corte de navaja. Boca besable.

(Al llegar estuvo pensando si en aquel pueblo desparramado en la curva de una carretera polvorienta, donde tendría que esperar el autobús de enlace, habría por lo menos chicas...)

Carlos sonrió a la chica. Ella no.

—¿Quiere usted servirme un coñac...?

Ella alzó un brazo para alcanzar una botella de la repisa. Sin moverse del sitio. El esfuerzo parecía fatigarla. Llenó una copa.

(Carlos deseaba localizar, fijar, detallar aquel pueblo urgentemente.)

Hizo alguna pregunta que jamás hubiera supuesto inoportuna. Pero los ojos de la muchacha revelaron una evidente irritación. Se tomó el coñac y no aguantó más. Había que hablar del farol, y del hombre, y del brazo...

—No nos gustan las bromas. Sobre todo de un forastero. Todo el mundo sabe qué ocurrió el miércoles...

—¿Bromear...? ¿El miércoles...?

Necesitaba tocarla. Ella se puso tensa al contacto de Carlos. El insistió en las preguntas... Suplicaba, asegurándose al tacto de la verdad de aquello... Ella forcejeó para soltarse. Se puso lívida. Apretó los dientes y se mordió con furia el labio inferior. Sin moverse de su sitio. Carlos soltó la mano. Ella perdió equilibrio y cayó tras el mostrador. Hubo un estrépito de cajas. Y un aullido.

FASCINACION se había encallado en una rayadura y persistía.

Carlos se dobló sobre el mostrador.

—¿Se ha hecho usted da...

Quedó así, doblado, ridículo, aupado en el mostrador, sin terminar ninguna frase posible.

Había una pila de cajones derribada, y encogido junto a una nevera, resbalado desde los cajones, gimiendo, AQUELLO:

La cabeza.

El busto.

Los brazos.

Y nada más. No había nada más. El cuerpo terminaba al llegar a la cintura. Allí había media mujer, caída desde su plataforma de cajas, que le miraba con odio...

(En el caso de estar soñando, sólo con parpadear... Cerrar fuertemente los ojos, apretar los párpados, fruncirlos, esforzarse con ellos... Si era una pesadilla, con sólo parpadear violentamente lograría despertarse. Más de una vez, preguntándose durante un sueño si era o no era sueño, invocándose a sí mismo a través de la inconsciencia, había conseguido escapar y encontrarse en la cama, junto a su mesilla cargada de libros, o en el tren, amodorrado... Solían doler los ojos, pero valía la pena por la duda, si el posible sueño era ingrato... Parpadeando ahora... si cerrase los ojos con dureza, si hiciera luego esfuerzo por abrirlos... si... Pero, ¿y si no ocurría nada? ¿Y si no se trataba de un sueño...? Retardó el experimento.)

... A la luz del mechero —abrillantando la punta de aquel cigarrillo que le sabía como si estuviera despierto— descubrió el campo. Raso, sin árboles, estepario. Se sentó en el suelo y respiró, acopiando aliento. Olía bien. Demasiado bien para no ser real. Ahora todo parecía haberse mejorado: Aquel olor era como de buen vino. Realmente bueno. ¿Para qué hacer ya la prueba de los párpados...?

—Por favor...

Una sombra. Una sombra humana. Daba traspiés. Borracho, probablemente. La luna seguía y Carlos distinguió a su costa el cuello alzado de un abrigo y una gorra con visera.

—Tiene que ayudarme, señor... Se trata sólo de que me escuche...

Cuando Carlos terminó una personal reflexión íntima, muda, lógica, aseguradora, un antídoto cerebral contra los horrores, el hombre llevaba ya un rato hablando... Carlos prefería continuar pensando, pero las palabras de la sombra se le hicieron inevitables:

—... hijo único, señor... Fue ayer, por la mañana.

Cuando estaba asomado al balcón. Un hombre explicaba casos horribles en la calle...

Una pausa: Acababan de oírse los grillos y ya se habían callado.

—... estaba asomado al balcón. Mi hijo, señor... Su cabeza se dobló sobre el cuello, como la de un muñeco de trapo... Y luego... luego se fue abajo, a la calle... La cabeza fue rodando por la cuesta, como una pelota... Sin sangre, señor, como las otras cosas... Como una pelota, señor, su cabeza...

A la luz del mechero, que Carlos volvía a encender para conjurar miedos, empezó a descubrir, fascinado, el rostro de su interlocutor... Tardó en darse cuenta. Primero le pareció una careta. Luego fue advirtiendo el dibujo de los labios, perfecto y regular. La mandíbula, recta y agresiva. La frente, espaciosa y surcada de arrugas. Las orejas enrojecidas bajo el cuello del abrigo y la visera... Después, algo irreal, monstruoso, le obligó a mantener la llama del mechero: En el rostro faltaba algo. Faltaban la nariz y los ojos. Sí, faltaban absolutamente. Ahí estaban las cuencas vacías, insultantes, limpias, sin una mancha. Horrible. Y sólo la piel lisa, sin señales, sin un desnivel, separaba ambas cuencas del dibujo irreprochable de los labios.

—... No veo, señor... no veo... ¿A usted también...? ¿Qué le falta a usted, señor...? En el pueblo no queda nadie que se haya salvado. A Mari Escarlata se le cayeron los dedos la otra noche, sobre el bastidor del bordado... Al cartero se le perdió la mano derecha en la cañada, y la descubrió un pájaro que se dio con ella el gran festín... ¿Qué pájaro se habrá comido la cabeza de mi hijo...? Si fue un cuervo no habrá dejado casi nada. Son muy voraces... Dicen que unos niños encontraron despojos junto al lago. No eran fáciles de reconocer, por los cuervos, pero yo creo que eran mis ojos, señor, porque los perdí allí. No pude buscarlos luego, señor, no veo...

Carlos escuchaba ya sin perder una palabra.

—... El padre Víctor nos dijo que es el fín del mundo, señor... Que es un castigo a nuestros peca-

dos... Estoy seguro. El tiene siempre razón. Nos descomponemos en vida. Todo se acaba. El cuerpo va cayéndose a pedazos. Perdemos nuestro cuerpo poco a poco, señor... Sin que nos duela, sin sangre. Ya ve usted, seguimos viviendo, pero lo perdemos... ¿Y qué puede hacer un ser humano que va perdiendo a trozos el cuerpo... qué puede hacer, señor... y hasta cuándo vamos a seguir así, mutilados, sin morirnos...? Señor... ¿Usted lo sabe? El padre Víctor nos lo iba a explicar. Nos decía que si nos manteníamos limpios, sin pecado, como él... pero fue gracioso, señor. Se le cayeron las orejas. Las dos... ¿Tiene gracia, verdad, señor...? ¿Está usted ahí, señor...? Señor...

(Fue un sueño. Seguro.)

... Era ya de día, y qué tranquilo día. Había amanecido señorialmente y un sol madrugador inundaba todo el campo reseco... Lejos ya los horrores...

(Y si fue un sueño... ¿por qué no estaba en el Hotel...? A no ser que el Hotel fuese también un sueño...)

Entre el campo y el pueblo cruzaba la carretera por donde debería pasar el autobús. Miró el reloj, pero algo nuevo, indeclinable, llameante, le obligó a olvidarse del autobús:

Una procesión empezaba a llenar la carretera. Uno, dos, tres, cuatro... Muchos ya. Había hombres sin brazos, que marchaban casi marcialmente, agitando sus muñones con un gesto que podía parecer rebelde, ... que era ya un gesto ido... que era ya ningún gesto... Procesión de espectros.

Había cabezas en el suelo. Alguien, alguien sin cabeza sobre sus hombros, se agachaba a recoger alguna, y parecía desecharla, quizá por no reconocerla como suya... Luego seguían adelante... Algunas mujeres en apariencia tenían todos sus miembros, pero los sujetaban con fatiga, cuidando el paso para no dejarlos caer, con el sacrificio de obreras cansadas de cargar consigo mismas... Resbalaban a veces y rebotaban cosas suyas en el polvo de la carretera... Dos o tres niños se arrastraban como serpientes, andando con

las manos el que no tenía piernas, renqueando el que sólo contaba con una... Un anciano, alto como un árbol, con traje eclesiástico, encabezaba el grupo. Sin orejas, pero el de mejor aspecto... Sólo cuando Carlos pudo verle de espaldas advirtió que la cabeza estaba totalmente abierta por detrás, dejando al descubierto la masa encefálica, como a través de una ventana...

Era un desfile grotesco. Como un escaparate de casquería desordenado... Y todos iban hacia delante, como a algún sitio...

No... No podía ser (sólo parpadear). No... (sólo apretar con fuerza los párpados y volverlos a abrir. El sueño se iría como una pompa de jabón).

Imposible. No podía cerrar los ojos. Lo intentó. No podía (sólo parpadear). No era posible.

Allí, a sus pies, en el suelo sin hierba, los vio. Se agachó a recogerlos. Los miró, los palpó, trató de convencerse de que no eran suyos. Volvió a intentarlo (sólo parpadear). Imposible. Los volvió a mirar. Contuvo una arcada. Los tiró entonces, asqueado, lejos de su vista.

Eran sus párpados.

Se unió a la comitiva.

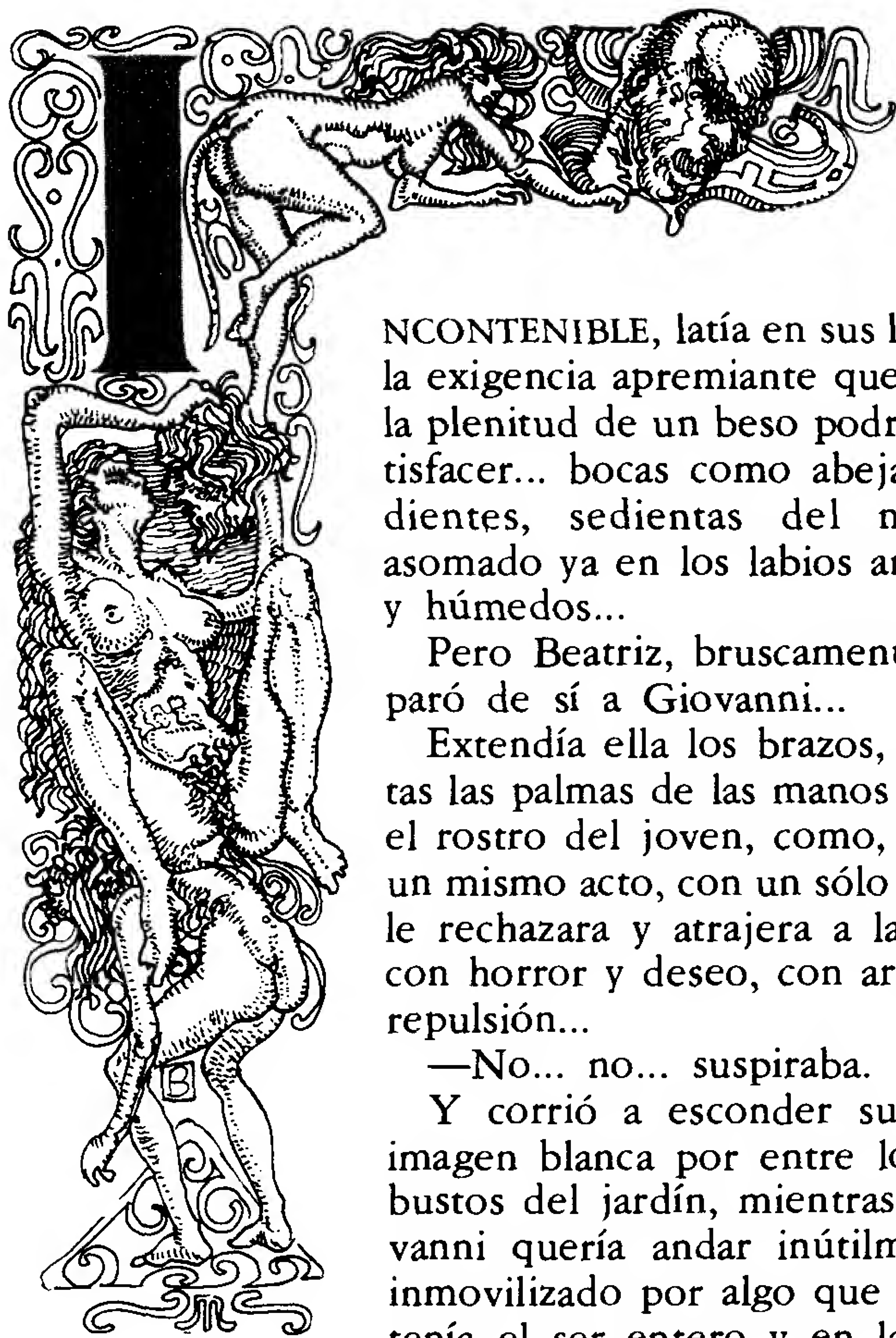

La hija de
Rapaccini



La hija de Rapaccini

Versión libre de Eusebio Zabaleta sobre una idea de Nathaniel Hawthorne

Se decía —y había incluso quien se atrevía a dar fe de ello— que aquel doctor amaba más la ciencia que la humanidad, y que no dudaría en sacrificar la vida de su ser más querido con tal de aumentar el caudal de sus conocimientos.



NCONTENIBLE, latía en sus labios la exigencia apremiante que sólo la plenitud de un beso podría satisfacer... bocas como abejas ardientes, sedientas del néctar asomado ya en los labios anchos y húmedos...

Pero Beatriz, bruscamente separó de sí a Giovanni...

Extendía ella los brazos, vueltas las palmas de las manos hacia el rostro del joven, como, si en un mismo acto, con un sólo gesto le rechazara y atrajera a la vez; con horror y deseo, con ardor y repulsión...

—No... no... suspiraba.

Y corrió a esconder su leve imagen blanca por entre los arbustos del jardín, mientras Giovanni quería andar inútilmente; inmovilizado por algo que le retenía el ser entero y en la garganta se espesaba en asco... ¡Creía soñar un inmenso miedo en el que él era menos aún que mosca, prendida entre la telaraña tramposa; cuerpo inerte que flotaba sobre mar de gelatina fétida en la que nunca llegaría a hundirse, de la que jamás lograría desprender sus brazos y piernas desesperados!

¡Creía soñar...!

Sin embargo, vivía episodio cierto, historia verídica...
Ved sino, como fue.

* * *

—¿Siempre es así de oscura la habitación? —preguntó el joven Giovanni Guasconti a Lisetta, anciana guía domiciliaria, rendido cuerpo al servicio de los propietarios de «La casa de las flores muertas».

—¿Oscura? —se ofendió ella—. Dice oscura y nada pregunta de lo otro —rezongó para, de un golpe, llenar de luz la estancia—. Ni en Nápoles mismo encontrará usted luz como ésta que el sol quiere brindar cada día a nuestra ciudad... Usted, sin duda, no es de Padua, ¿verdad hijo? —Lisetta, todavía hablando entre dientes, prosiguió—: Aquí entran todos con facilidad... pero luego «ellas» desde abajo les hacen prisioneros... yo cumplí con mi deber ya... dije al comisario: Antes de llegar los propietarios mismos a la casa, han entrado cientos, ¡sí, sí, cientos! que nadie ha visto salir. ¿Qué contestó el viejo imbécil?... «¡Lisetta, estás borracha!» «A mí, me da igual... yo, aviso: por tanto, no traiciono».

Repitió otra vez:

—¿Oscura le parece?... Mire bien, abra usted los ojos y dígame si en alguna parte vio tanto y tan luminosamente. ¿Ve? ¿Qué le parece? Aquí están las llaves. Yo me voy—. Y haciendo la señal de la cruz sobre el aire se fue.

Giovanni estaba mirando.

Era jardín florecido en círculos concéntricos. Las flores que estaban al pie mismo del balcón en donde Giovanni abría su asombro, era imperfecto boceto de las del círculo siguiente, de forma que el golpe de vista inicial quedaba inmediatamente fijado en el macizo central, crecido como orla de singular hermosura; toda ella en racimo de gemas vegetales, en torno a una fuente de mármol ruinoso, del que brotaba un chato surtidor de cobre, por el que salía un

líquido que no era agua. Acaso fuera espeso almíbar diamantino, esencia bruta, néctar neto, grueso, imposiblemente sutil, como el deseo lógico lo hubiera preferido...

Tan apretados eran los circulares macizos, que, en la maravillosa superficie, en el «tejido» de flores sucesivas, se «veía» el suelo de abajo, la tierra... pero de tal manera que, aun sin poderla ver, podía ser adivinada como superficie compuesta por materia del reino animal más que del vegetal... ¡Horrenda presentida alfombra de informes bultos palpitantes! No era, pues, el viento quien ondulaba aquella alfombra silvestre. Era una «respiración» o muchas, hechas una.

Suspendido en la magia de la visión, escuchó Giovanni un crujido entre las plantas. Allí estaba. Era un ser viviente, todo vestido de negro, las manos protegidas por gruesos guantes y el rostro con mascarilla en punta. ¡Tal parecía insecto gigante!; pero era hombre que con miedo manifiesto recogía las hojas secas y las ramas caídas, evitando con gestos crispados el contacto con las flores, de menor a mayor, es decir: menos en las del primer círculo y más, infinitamente más, en las que orlaban la fuente ruinosa en el centro de aquella temible maravilla.

Fue tan incontenible su miedo que desde la proximidad misma de la fuente como si las flores bellísimas, las gemas vegetales le quisieran hacer morir gritó un nombre, cada vez con más aguda ansiedad en la voz:

—Beatriz... ¡Beatriz...! ¡¡Beatriz...!!

Podía haber sido otra flor más paradójicamente atraida por la voz del que gritaba su nombre:

—Voy ya, padre... ¡No temas!...

Giovanni se sentía dentro de algo milagroso.

Aquella joven (vida, salud, energía, belleza, virginal castidad todavía retenida) avanzaba sin miedo, con las manos abiertas a la caricia, «hablando» con ternura a cada una de las flores.

—Ven aquí, suspiró su padre. Desde hoy quiero

que seas tú quien cuide de «ella», es nuestro gran tesoro. Yo estoy delicado, mi vida correría peligro si tan sólo la tocara. Tuya es por tanto desde hoy.

Beatriz con gesto enamorado apretó en su seno las gemas vegetales mientras decía:

—Sí, hermana mía, mi gloria. Beatriz se encargará de cuidarte con amor. Tú, en cambio, me darás tus besos, tu aliento perfumado, manantial de vida.

* * *

Todavía entonces Giovanni no había llevado hasta Beatriz la rendida ofrenda de su persona, como enamorado.

El profesor Pietro Baglioni, amigo de su padre, reprobó sin provecho el alquiler de «La casa de las flores muertas». Invitó a almorzar a Giovanni para reconvenirle.

—No discutiré contigo; pero, como científico colega del doctor Rapaccini, temo por tí. Intentará, estoy seguro, hacer contigo lo que ha logrado ya con su hija Beatriz.

—¡Por favor! ¿Quién es Rapaccini y qué relación puede tener con el alquiler de mi casa? ¿Concluiremos creyendo todos en la estúpida historia de la vieja Lisetta?

Baglioni con severo acento eludió la respuesta a tan simple e impertinente pregunta:

—Rapaccini —aseveró— es el hombre que descubriste vestido de negro en el jardín.

Después de esta frase el profesor Baglioni pareció reflexionar y con un cierto aire de buen humor dijo como para sí mismo.

—No estaría bien que un profesor del divino arte de la medicina negase las cualidades que adornan a un médico tan prestigioso como Rapaccini; pero, por mi parte, sería mucho peor permitir que un joven inteligente como tú, hijo de un querido amigo mío, adquiriera ideas equivocadas acerca de un hombre en cuyas manos podría confiar su propia vida. Lo cierto

es que nuestro respetable doctor Rapaccini tiene más conocimientos científicos que cualquier otro miembro de la Facultad en Padua y en Italia. Mas su carácter profesional puede ser objeto de ciertas objeciones bastante graves.

—¿Cuáles son esas objeciones graves? —inquirió Giovanni.

—Amigo mío, ¿estás enfermo acaso para preocuparte tanto de los médicos? —preguntó el profesor con una sonrisa—. De Rapaccini —continuó— se dice, y puedo asegurar que es cierto, que le preocupa más la ciencia que la humanidad. Sus enfermos sólo le interesan como materia para nuevos experimentos. Sacrificaría una vida humana, la suya propia o la del ser más querido para él, con tal de aumentar el caudal de sus conocimientos.

—Imagino que será un hombre terrible —dijo Giovanni recordando el aspecto del hombre vestido de negro—. Sin embargo, querido profesor, creo que en el fondo puede decirse de él que es un espíritu noble. ¿Existen muchos hombres capaces, dígamelo, de un amor tan apasionado a la ciencia?

—¡Qué Dios sea indulgente con los que tengan los mismos puntos de vista de Rapaccini acerca del arte de curar —dijo el profesor con cierto desdén—. Asegura que todas las propiedades curativas se hallan encerradas en el interior de aquellas sustancias que nosotros denominamos venenos vegetales, los cultiva él mismo y se dice que ha producido nuevas variedades y venenos más mortales que los de la naturaleza. No hay duda de que el doctor Rapaccini hace menos daño del que pudiera esperarse con sustancias tan peligrosas. En algunos casos, tengo que reconocerlo, ha hecho, o parece haber hecho, alguna cura extraordinaria, mas, si he de ser sincero, amigo Giovanni, no puede dárseles crédito, ya que son productos de la casualidad. En cambio, se le considera responsable de sus fracasos, que son el resultado frecuente de sus investigaciones.

Giovanni regresó a su alojamiento algo mareado a

causa del vino que había bebido e, imaginando extrañas fantasías relacionadas con el doctor Rapaccini y su hermosa hija Beatriz, quiso descansar. Antes, al pasar ante una floristería, entró y compró un precioso ramo.

Ya en su cuarto se sentó cerca del balcón, en la penumbra, de modo que podía ver el jardín sin correr el riesgo de ser descubierto. No se veía cosa alguna. En el centro la ruinosa fuente en donde crecía la más hermosa de las plantas con sus gemas color púrpura. Al cabo de un rato, tal como él lo había esperado y al mismo tiempo temido, apareció una figura bajo el antiguo y artístico porche. Fue caminando por entre las plantas, aspirando sus variados perfumes, como si se tratara de uno de esos seres fantásticos de que nos hablan las viejas fábulas y que se alimentaban de dulces colores.

Al ver de nuevo a Beatriz, porque era ella, Giovanni se sorprendió de que su belleza excediese incluso al recuerdo que conservaba de la joven, desde su primer encuentro. Su rostro entonces mucho más visible que la primera vez le llamó la atención por su extremada dulzura, cualidad que no había imaginado que la joven pudiese poseer. De nuevo le pareció hallar cierta similitud entre la hermosa hija de Rapaccini y el espléndido arbusto que lucía flores semejantes a gemas purpúreas, analogía que Beatriz acentuaba con la forma de sus trajes y los colores que elegía.

Cuando se halló cerca de la planta la joven extendió sus brazos como si estuviera poseída de un amor apasionado y oprimió sus ramas otra vez en un abrazo íntimo, tan íntimo que quedó oculta en el seno de las hojas.

—¡Dame tu aliento, hermana mía! —exclamó—. Y dame también tus flores, que separaré con delicadeza de tu tallo y pondré junto a mi corazón.

Mientras pronunciaba estas palabras, la bella hija del doctor Rapaccini cortó una de las flores más hermosas y se dispuso a prenderla en su pecho. En aquel

instante sucedió algo singular, a no ser que el vino hubiese perturbado los sentidos de Giovanni. Un pequeño reptil de color anaranjado, semejante a un lagarto o a un camaleón, se deslizaba por el sendero, junto a los pies de Beatriz. A Giovanni le pareció —ya que a la distancia en que se hallaba apenas si pudo ver una cosa tan pequeña— que del jugo del tallo roto de la flor caían gotas sobre la cabeza del animalito. Por espacio de unos segundos el reptil se retorció y luego quedó inmóvil. Beatriz observó aquel fenómeno extraordinario y se santiguó, aunque sin revelar la menor sorpresa y no dudó en prenderse en su pecho la fatídica flor. Allí se hizo más roja y lanzó unos destellos casi tan radiantes como los de una piedra preciosa, dando al vestido de la joven, en todo su aspecto, un extraordinario encanto.

Preso en lo imposible del momento, Giovanni, que apoyaba sus brazos nerviosamente en el alféizar de la ventana, hizo un impulsivo movimiento y la joven miró para él. Sin apenas proponérselo, le ofreció el ramo de flores que antes había comprado.

—Señorita —le dijo— acepte estas flores. Acéptelas en nombre de Giovanni Guasconti.

—Gracias, señor —contestó Beatriz con armoniosa voz.

—No las merezco —murmuró Giovanni.

—Acepto su presente y lamento no poder recompensarle con esta preciosa flor purpúrea, pues aunque se la enviara por el aire no le alcanzaría. Así, señor Guasconti tendrá que conformarse con las gracias simplemente.

Recogió el ramillete del suelo como avergonzada de haber conversado con un desconocido, faltando a la reserva que debe mostrar siempre una doncella, y se dirigió rápidamente hacia la casa a través del jardín. Pero, apesar del poco tiempo transcurrido, a Giovanni le pareció, cuando la muchacha estaba ya a punto de desaparecer por el porche, que el ramillete empezaba a marchitarse en sus manos. Era una idea descabellada, no había posibilidad de distinguir unas

flores marchitas de otras lozanas a tanta distancia. Pero...

En los días que siguieron a aquellos momentos Giovanni vivió en lucha constante entre el ir y venir a la ventana. Ignoraba si Beatriz poseía aquella fuerza mortífera, aquella afinidad con unas flores muy bellas y al mismo tiempo fatales que él creía haber descubierto, pero lo cierto es que había inoculado en él un «veneno» sutil y activo en todo su ser. No era amor, aunque la gran belleza de la joven le subyugaba; ni horror, a pesar de que suponía que su espíritu estaría impregnado del mismo perfume pernicioso que parecía poseer su organismo. Era una mezcla de ambos sentimientos, de amor y de horror, uno le abrasaba y otro le hacía temblar. ¡Bendita sean todas las emociones simples, sean buenas o malas!

El hecho fue que Giovanni, como todo enamorado, buscó y encontró.

La vieja Lisetta se mostró asequible y por un puñado de liras reveló al joven el «secreto» de una antigua entrada al jardín.

Aquí, una vez más al fondo primero y después ya junto al surtidor del centro vio a Beatriz. En aquel preciso momento divisó un insecto que volaba por encima de la tapia del jardín; tal vez había estado vagabundeando por la ciudad en donde no halló flores ni verdor hasta que el intenso perfume del arbusto de Rapaccini le había tentado. Sin detenerse en las flores, ya que no parecía sentir más atractivo que el de Beatriz, se entretuvo sin embargo, revoloteando en torno a su cabeza. Los ojos de Giovanni no podían ahora engañarle. Y lo que vio fue que mientras Beatriz contemplaba al insecto con infantil alborozo, el animalito descendió en su vuelo hasta caer a los pies de la joven; allí permaneció unos segundos agitando las alas y luego quedó inmóvil, muerto. ¿Cuál fue la causa de su muerte? Giovanni la ignoraba totalmente. ¿Sería el aliento de la joven? Una vez más, Beatriz se santiguó tranquilamente, se inclinó sobre el insecto muerto, sonrió y continuó su paseo.

Aturdido y amedrentado por lo que acababa de ver pero al mismo tiempo resuelto por fuerza del sentimiento creciente que le llevaba a Beatriz, Giovanni la llamó en voz alta y ella despacio y sonriente se acercó hasta él.

El diálogo no pudo ser más que uno.

—Señorita, por favor, ¿debo creer todo lo que he visto, con mis propios ojos?

Las mejillas de Beatriz se ruborizaron pero mirando a Giovanni a los ojos respondió a su mirada de ansiosa sospecha con la altivez de una reina.

—Eso es lo que yo voy a pedirle, señor —respondió—; olvide todo lo que ha imaginado acerca de mí. Lo que nos dicen los sentidos externos puede ser falso en esencia, mas las palabras que salen de los labios de Beatriz Rapaccini brotan de lo más recóndito de su corazón y esas son las que debe usted creer.

Había hablado con vehemencia y sobre la conciencia de Giovanni brilló como la luz de la verdad misma, pero mientras hablaba aparecía ella rodeada de una exquisita y deliciosa fragancia perceptible que el joven con sensación de repugnancia, sí de repugnancia, no se atrevía apenas a respirar. Era tal vez el olor de las flores... ¿sería que el aliento de Beatriz embalsamaba sus palabras con un extraño olor como si tuviera las entrañas impregnadas de algo mortífero? Giovanni notó un leve mareo, mas se recobró en seguida; parecía contemplar a través de los ojos de la bella muchacha su alma transparente y no volvió a sentir duda ni temor.

Pasearon así en animada conversación por el jardín y después de muchas vueltas volvieron a detenerse junto a la fuente en ruinas, donde crecía la magnífica planta con su tesoro de espléndidas flores. Alrededor de ellas se esparcía una fragancia idéntica a la que Giovanni había atribuido al aliento de Beatriz, aunque mucho más intensa. Cuando la joven vio la planta, Giovanni observó que se oprimía el pecho

con la mano, como si su corazón estuviera palpitando aceleradamente y le produjera malestar.

—Por primera vez en mi vida —susurró Beatriz dirigiéndose a la planta—: me olvidé de ti.

—Recuerdo, señora —dijo entonces Giovanni—, que en una ocasión me prometió compensarme con una de esas espléndidas gemas a cambio del ramillete que tuve la osadía de ofrecerle. Permítame ahora coger una en recuerdo de aquella entrevista.

El joven avanzó hacia la planta con la mano extendida pero Beatriz se precipitó hacia adelante lanzando un grito que conmovió a Giovanni y al mismo tiempo le alarmó y cogiendo la mano de éste le obligó a retroceder. El joven sintió su contacto con un temblor en todo su ser.

—¡No la toque! —exclamó Beatriz angustiada—. ¡No lo haga por su vida! ¡Es una planta fatal!

Y ocultando ella el rostro entre sus manos huyó de su lado gimiendo y desapareció bajo el porche.

Al seguirle con la mirada Giovanni vio la delgada y pálida figura de Rapaccini que había observado la escena oculto entre las sombras del porche. Antes de que Giovanni llegara a su cuarto en su mente y más que en ella en su corazón era Beatriz el objeto de sus apasionadas meditaciones, revestida de todo el hechizo que la había rodeado desde que la viera por primera vez. Era humana; su carácter tenía todas las cualidades que hacen a una mujer digna de ser adorada. Era capaz sin duda de los sacrificios y heroísmos del amor. Lo que Giovanni había considerado hasta entonces como muestras de una temible constitución física y moral, se le olvidaba ahora por la influencia de la pasión y se transformaba en una adorada corona de encantos que convertían a Beatriz en la más admirable de todas las mujeres. Todo lo que le había parecido feo era ahora hermoso. Pasó la noche pensando en ella. Al levantarse notó una especie de quemadura y latidos en su mano, la derecha, la que le había cogido Beatriz cuando estaba a punto de tocar una de las flores con aspecto de gema. En el dorso de

la mano aparecían ahora unas impresiones rojas como huella de cuatro dedos y una señal como de un pulgar en su muñeca.

Después de la primera entrevista, una segunda va implícita en lo que el hombre llama destino. Una tercera, una cuarta... y muy pronto los únicos momentos dichosos para Giovanni fueron los que pasaba en compañía de Beatriz; el tiempo restante transcurría recordando la entrevista anterior y esperando la siguiente. Igual le ocurría a la hija de Rapaccini. Esperaba la aparición del joven y corría a su lado con tal confianza como si hubiesen sido compañeros de juegos desde la más tierna infancia. Si por un motivo inesperado Giovanni se retrasaba Beatriz se detenía debajo de su ventana y cantaba la más dulce de sus canciones que resonaba en su corazón como un eco: «¡Giovanni, Giovanni, porque tardas, ven!». Y Giovanni bajaba presuroso a aquel edén de flores envenenadas.

Pues a pesar de tan íntima familiaridad en la conducta de Beatriz había aún cierta reserva. Según todas las apariencias se amaban; se habían dicho el amor con los ojos que transportaban el secreto sagrado desde las profundidades de un alma a la de otra. Aquel secreto era demasiado grande para expresarlo por medio de la palabra. No obstante, se habían dicho su amor en aquellas explosiones de pasión, en articulado suspiro como lengua de una llama escondida demasiado tiempo. En cambio no había habido un beso ni un apretón de manos ni la más inocente de las caricias que el amor demanda y santifica. En las pocas ocasiones que Giovanni parecía dispuesto a saltar aquella barrera Beatriz se ponía triste y mostraba además tal aspecto de contrariedad que no eran necesarias las palabras para que el joven desistiera. En tales momentos Giovanni se sobresaltaba ante la horrible sospecha que sentía en lo más profundo de su corazón. Le miraba al rostro y su amor se desvanecía como la niebla matinal ante el sol y sólo quedaban sus dudas.

Había transcurrido ya bastante tiempo desde el último encuentro de Giovanni con el profesor Baglioni cuando una mañana se vio de nuevo desagradablemente sorprendido por la visita del profesor. Se hallaba el joven en un estado de ánimo tal que sólo podía aceptar la compañía de personas que alentasen sus actuales sentimientos. Tal comprensión era algo que no podía esperar del profesor Baglioni.

—A propósito —preguntó éste mirando inquieto a su alrededor—. ¿Qué extraña fragancia es la que se respira en esta habitación? ¿Es tal vez el perfume de tus guantes? Es débil, pero delicioso, aunque no se pueda decir que sea agradable. Me parece que si lo respirase mucho tiempo llegaría a ponerme enfermo. Es como la esencia de una flor, mas no veo flores en la habitación.

—No hay ninguna —dijo Giovanni que había aparecido— , ni creo que haya aquí otro perfume que el de la imaginación de vuestra señoría. El olor, que es una mezcla de lo sensorial y de lo espiritual puede engañaros de este modo. El recuerdo de un perfume puede ser confundido con una realidad presente.

—Mi imaginación no suele gastarme esas bromas —contestó Baglioni— y si percibo un olor es porque alguna droga ha untado mis dedos. Nuestro querido amigo Rapaccini, según he oído decir, perfuma sus medicina con olores más penetrantes que los de Arabia, la bella Beatriz podría tratar también a sus «pacientes» con drogas tan dulces como el oriente de una doncella. Pero... ¡ay del que las bebiera!

El semblante de Giovanni reflejó un cúmulo de emociones contenidas que se contradecían entre sí. El tono en el que el profesor hablaba de la pura y encantadora hija de Rapaccini era una tortura para su espíritu. Sin embargo, no podía dejar de sentir una confusa sospecha. Procuró dominarse y respondió a Baglioni con la fe de un amante fiel.

—Profesor —dijo—, fue usted amigo de mi padre y creo que su propósito es obrar también como amigo con el hijo. Siento hacia usted profundo res-

peto, pero le ruego que comprenda que hay algo acerca de lo cual no podemos hablar. Usted no conoce a la señorita Beatriz y, por tanto, su juicio sobre ella es erróneo.

—¡Mi pobre Giovanni! —exclamó el profesor—. Conozco a esa joven perversa mucho mejor que tú. Y voy a decirte la verdad acerca del envenenador Rapaccini y de su venenosa hija; sí, tan venenosa como hermosa.

Giovanni ocultó el rostro entre las manos y gimió.

—Su padre —continuó Baglioni— sin tener en cuenta el cariño que debía sentir por su hija, la ofreció en holocausto a la ciencia. Hagámosle la justicia de reconocer que es un eminente científico que destilaría su propio corazón. ¿Cuál podría ser tu destino, mi querido Giovanni? Has sido elegido como material para un nuevo experimento. El resultado tal vez sea la muerte o algo aún más horrible. Rapaccini, por lo que él llama interés por la ciencia, no se detendría ante nada.

«Es un sueño —se dijo Giovanni— no puede ser más que un mal sueño».

—No obstante, puedes tener esperanzas, mi joven amigo —continuó Baglioni—. No es demasiado tarde para la salvación. Es muy posible que logremos volver a esa miserable criatura a la normalidad, de la que ha sido sacada y extraida por la locura de su padre. Esta pequeña redoma de plata fue labrada por Benvenuto Cellini y es un presente de amor de una dama de alta alcurnia. Su contenido es aún más valioso: un pequeño sorbo de este antídoto hubiera neutralizado el veneno más eficaz de los Borgia. Dale el pomo a tu Beatriz y espera confiado los resultados.

Era la hora acostumbrada de su entrevista con Beatriz. Antes de bajar al jardín, Giovanni no pudo resistir la tentación de mirarse al espejo, vanidad que puede disculparse en un joven bien parecido. Al contemplarse en el cristal se dijo a sí mismo que sus facciones no habían sido nunca tan graciosas, ni sus ojos

habían tenido nunca aquella vivacidad, ni sus mejillas un color tan suave como en aquel momento.

«—Al menos —pensó Giovanni —su veneno no ha afectado de modo alguno a mi organismo. No soy una flor que pueda marchitarse».

Con este pensamiento prestó atención al ramillete de flores que poco antes había comprado en la misma floristería que la primera vez. En las flores se contenían aún las perlas de rocío de la mañana. Un estremecimiento de horror sacudió todo su cuerpo al comprobar que aquellas flores mismas húmedas de rocío estaban marchitándose. Palideció y se quedó inmóvil delante del espejo mirando a su propia imagen como si estuviese contemplando algo horrible. Recordó el comentario de Baglioni acerca de la fragancia que parecía inundar la habitación. ¡Su aliento debía estar envenenado! Comenzó a observar con ojos curiosos una araña que estaba fabricando su tela en la antigua cornisa de su habitación; era una araña tan activa como todas las que se columpian en un techo viejo. Giovanni se situó debajo mismo del insecto y emitió una profunda y larga bocanada de aliento. La araña interrumpió su tarea y la tela vibró a consecuencia del estremecimiento del cuerpo del diminuto artesano. Giovanni lanzó otra vez el aliento sobre la araña, con más fuerza que la vez anterior y con un maligno sentimiento en su corazón: ignoraba si era un ser perverso o una criatura desesperada. La araña contrajo sus miembros y quedó colgada, muerta.

«¡Maldito, maldito!» —exclamó Giovanni—. «¿Te has vuelto tan venenoso como para que este insecto muera bajo los efectos de tu aliento?»

En aquel instante llegó desde el jardín una voz dulce y agradable que me llamaba.

—¡Giovanni! Ya pasa de la hora... ¿Por qué tardas tanto? ¡Baja...! ¡Baja!

«Sí —murmuró Giovanni–, ella es el único ser al que mi aliento no puede matar... ¡ojalá la hubiera matado...! ¡Ojalá pudiera hacerlo!»

Bajó corriendo deprisa, a trompicones y al cabo de unos momentos se encontraba ante los ojos adorables de Betariz. Unos segundos antes su rabia y desesperación eran tan intensos que sólo había deseado poder destruirla con una mirada. Mas en su presencia surgían influencias demasiado subyugantes para que pudiera liberarse fácilmente de ellas. Giovanni recordaba ahora los momentos en que Beatriz con su femenino encanto le había envuelto en una inefable paz y recordaba el apasionado latir de su corazón en presencia del joven. Y aquellos recuerdos convencieron a Giovanni de que Beatriz era un ángel, y que sólo una persona malvada podía atribuirle aquellas horribles cualidades. La ira del joven se apaciguó y se transformó en un estado de hosca insensibilidad. Beatriz, con su aguda intuición, comprendió que entre ellos había un mar de tinieblas que ninguno de los dos podía cruzar. Pasearon juntos, cabizbajos y en silencio llegaron hasta la fuente de mármol cerca de la cual crecía la planta de flores con gemas brillantes. Giovanni se sorprendió del placer con que él mismo inhalaba la fragancia de las flores.

—Beatriz —preguntó de pronto—. ¿De dónde procede esta planta?

—La *creó* mi padre —contestó la joven.

—¿La creó? ¿Qué quieres decir con eso?

—Es un hombre que conoce los secretos de la naturaleza y en el mismo instante en que yo empecé a respirar, esta planta se alzó del suelo; es el fruto de su ciencia, de sus conocimientos en tanto que yo no soy más que su hija muerta.

—¡No te acerques! —advirtió, al ver que Giovanni se aproximaba a la planta—. Tiene cualidades que apenas podrías imaginar. Yo, queridísimo Giovanni, he crecido y me he desarrollado con la planta y me nutro con su aroma. Es mi hermana y la quiero con afecto humano. ¡Ay! ¿No lo has sospechado? Existe un terrible destino en ella.

Giovanni la miró con una expresión tan huraña que Beatriz se interrumpió temblando.

—Hasta que el cielo te envió, Giovanni —prosiguió con la mirada baja—, no te puedes imaginar cuán sola estuve en este jardín.

La ira de Giovanni estalló repentinamente como un relámpago surgiendo de las tinieblas, incontenible.

—¡Estoy maldito! —exclamó con desesperación—. ¡Encontrabas insoportable tu soledad y me has separado de todo lo noble de la existencia, atrayéndome a esta región de tinieblas, de horror y de veneno!

—¡Giovanni! —gritó Beatriz mirándole con sus grandes y brillantes ojos ya cuajados de lágrimas.

—¡Sí, criatura abominable! —prosiguió Giovanni acercándose a ella— ¡Tú me has puesto así! ¡Tú me has emponzoñado! ¡Tú has llenado mis venas de miseria! ¡Tú me has convertido en un ser odioso y fatal como tú misma! ¡Ahora si nuestro aliento es tan fatídico para nosotros mismos como para los demás, unamos nuestros labios en un beso de indecible odio y muramos! (El beso, lo sabíamos ya al principio de este triste relato, no llegó a cuajar entre los labios esta vez rabiosos y anhelantes de los enamorados inmersos en odio y repulsión mutua).

Giovanni advirtió en su mano el frío metálico de la redoma artística que contenía el antídoto.

Corrió tras Beatriz llamándola a voces con grito desgarrado, prendido aún en un punto de esperanza.

—¡Beatriz! ¡¡Beatriz...!! ¡¡¡Beatriz!!! —clamaba como días antes el maldito doctor, el infinitamente cruel Rapaccini requiriera el auxilio de su hija.

Pero Beatriz había caído al suelo.

Giovanni corrió también tropezando consigo mismo.

La redoma se había abierto y salpicaba con su líquido espeso las flores del jardín central, las gemas preciosas, y también las flores de los círculos más alejados.

Bajo el porche el propio Rapaccini observaba la escena, que también desde un rincón contempló Lisetta, único testigo de aquel formidable momento.

Las gotas del antídoto hicieron rebullir la tierra del suelo.

Toda la superficie visible parecía gigantesco pecho jadeante, con estertor de agonía.

Después, a la par que Giovanni se arrastraba hasta el lugar donde había caído Beatriz, las plantas iban cobrando formas humanas retorcidas como si el Dante mismo, el Divino Dante mismo estuviera allí haciéndolas revivir un purgatorio terrible.

Brazos, manos, dedos con largas uñas rotas, pechos y cinturas... Era un hervir de martirizados seres mutilados.

Giovanni había llegado hasta Beatriz.

Casi a un mismo tiempo, miró al cielo primero como si implorara clemencia, vertió un chorro de antídoto sobre la boca entreabierta de Beatriz y cerrando los ojos del cuerpo y también los del alma besó aquella boca maldita.

(Lisetta juraba horas después en el jardín reducido a hierba muerta que las flores, después de yacer sobre los cuerpos de los amantes aprisionaron también al doctor.

—Lo juro, está ahí abajo, con ellos.

El comisario la empujó otra vez con desprecio: «¡Vieja borracha! ¿Por qué no te comieron a ti también las plantas? Yo te lo diré: sabes a sudor de alcohol y a mugre podrida. ¡Vete y no vuelvas!»)

Lisetta concluyó sus días tratando de que alguien escuchara su testimonio.

Nadie le hacía caso.

Pero fue cierto que nunca volvió a saberse del doctor, de su hija Beatriz y de Giovanni... con todos los cientos que habían entrado allí.



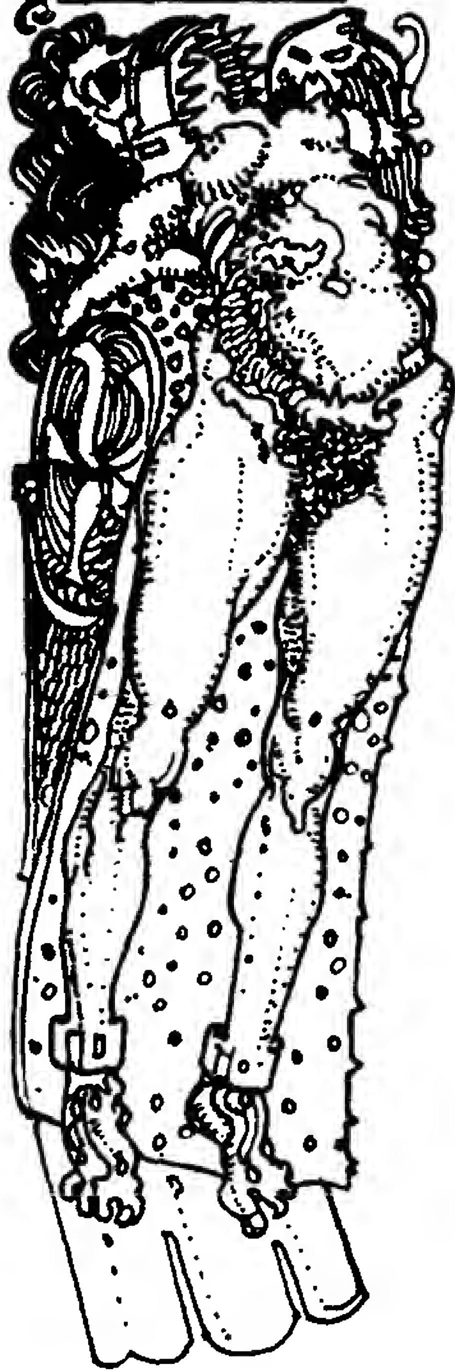

Fin
de fiesta

Fin de fiesta

Fernando Martín Iniesta

Si a usted le gusta jugar con sus amigos, querido lector, le damos un consejo: vaya con cuidado y no convierta la ouija en un divertimento de salón...





LAS tres parejas solíamos reunirnos casi todos los fines de semana; quedábamos citados en casa de cualquiera de nosotros, tomábamos unas copas, salíamos a cenar y después nos metíamos a un cine, teatro o sala de fiestas. Formábamos un apretado clan, una peña que sostenía sus relaciones sobre la base de un aparente respeto mutuo, y una, casi sagrada, reafirmación de la libertad. Los lazos que nos unían no dejaban de ser curiosos: Andrés y Juan, trabajaban en agencias de publicidad, como creativos y, a esa hora en que los vapores del alcohol despiertan las sinceridades, rompían los mecanismos de inhibición y dejaban asomar el apagado mundo de las verdades: se consideraban dos escritores frustrados; yo, el único que al decir de Andrés, había afrontado, con todas sus consecuencias, esta profesión que «era llorar», contaba con la «admiración por mi valor» de ambos, mientras la estrechez económica me acosaba constantemente. Ellos ganaban dinero en cantidad y no podían evitar la mala conciencia de obtenerlo incitando a las gentes a que consumieran lo que no les hacía falta; mi mala conciencia nacía de no ganarlo, pese a realizar lo que,

con pomposas y huecas palabras, llamaban «una tarea noble». Creo que, en el fondo, todos nos admirábamos o nos despreciábamos, que, prácticamente, era lo mismo, y, este inconfesado y morboso juego, nos mantenía unidos, o, acaso, nos complementaba.

Lita, la mujer de Andrés y Rosa, vivían con la obsesión de las casas de moda y el desprecio por las boutiques; Adela, mi esposa, durante aquellas largas e interminables conversaciones de las dos mujeres, miraba de reojo sus medias, casi siempre zurcidas, y su vestido azul cielo, «el único que tenía para salir», comprado hacía tres temporadas, mientras, y pese a sus esfuerzos por disimular, los ojos se le entristecían.

El barniz de intelectualidad con que nos cubríamos, nos obligaba a presentarnos como seres privilegiados que habían superado los tabúes sexuales de una sociedad que era el blanco continuo de nuestras críticas y desprecios ya que nos considerábamos estafados por una moral convencional y farisaica, ante la que habíamos sabido reaccionar. Estos falsos convencimientos nos devolvían la tranquilidad durante algún tiempo, haciéndonos olvidar aquella mala conciencia de la que no nos podíamos desprender. El juego, morboso en sí, no dejaba de tener sus atractivos: rompía el fantasma de una concepción burguesa de la existencia, a la que estábamos abocados irremediablemente. La otra parcela de paz, de solidaridad con las «víctimas de la represión», por la que nos creíamos amordazados, la comprábamos adquiriendo posters y grabados, «para ayudar a los presos de la tiranía». De esta manera, cuando dejábamos caer el whisky sobre los cubitos de hielo, el inconfundible sonido, nunca nos sonaba a tañido de culpa.

—¿Qué harías —preguntó Lita a Andrés— si supieras que te estaba engañando?

La pregunta, por inoportuna en aquel momento —estábamos discutiendo dónde iríamos aquella noche— nos hizo soltar a todos ruidosas carcajadas,

menos a Andrés, que, cogido de sorpresa y balbuceando, respondió:

—¿Yo?... Te dejaría que hicieses lo que quisieras... si ese era tu gusto.

—¡Véis qué cielo de marido tengo! —afirmó Lita gozosa.

Todos volvimos a reír.

—Mientras te decides a engañarlo y con quién —intervino Rosa—podemos aclarar qué hacemos esta noche.

—Pues no es mala idea —apostilló Juan.

Y decidimos marcharnos a las afueras a cenar, y, después, ir a escuchar música sudamericana, en un *pub* que acababan de inaugurar. El acuerdo fue unánime.

* * *

Aquella noche teníamos algo que celebrar: acababan de editarme un libro, después de interminables vicisitudes y decidimos no salir y celebrar una pequeña fiesta en casa. Adela estaba gozosa y había preparado una cena fría decorando el saloncito con velas y flores. Aquel dispendio —¡lo sabíamos!— nos obligaría a hacer economías durante algún tiempo. Pero no habíamos dudado en realizarlo. El primero en llegar fue Andrés, y con la delicadeza que le caracterizaba, y pidiendo perdón por haberse atrevido, trajo una botella de whisky con solera de doce años, «para colaborar al esplendor de la fiesta». Pese a saber que lo había hecho para ayudarnos, en cierta medida, no era momento de susceptibilidades, y la aceptamos agradecidos. Adela, descorchó la botella y nos estábamos sirviendo el primer trago cuando sonó el timbre de la puerta, y, al abrirla, apareció Rosa, radiante, con una tarta monumental:

—He traído, también, cinco velas. ¿No son cinco libros los que llevas publicados?

—Sí —le respondí dándole un beso en la mejilla—. Gracias.

—Juan se retrasará un poco; estaba terminando no sé qué en la oficina. ¿Y Lita? ¿Todavía no ha llegado?

—Está... como siempre... en la peluquería —le aclaró Adela.

—¿Donde vamos siempre?

—Sí; creo que sí.

—Entonces, voy a telefonearla.

Y acercándose a la mesita donde se encontraba el teléfono, marcó un número y preguntó por Lita. Cuando se hubo puesto:

—... ¿Te falta mucho?

—Una media hora —contestó Lita al otro lado del hilo.

—¿Llevas el coche?

—No —interrumpió Andrés—, lo he traído yo.

—Entonces, espera... Mira, estás al lado mismo de la oficina de Juan, le llamaré y que te recoja.

Rosa colgó y volvió a marcar el número directo de la oficina de Juan:

—¡Pelmazo! ¿Sales ya?

—.........

—Recoge a Lita que está en la peluquería. ¡Y no tardéis!

Rosa, ceremoniosamente, teatral, lanzó un beso sonoro, a través del hilo telefónico, a su marido.

—¿Y, ahora, quién me da una copa?

Los tres nos lanzamos, presurosos, a servir a Rosa, quien al apoderarse del vaso, siguiendo con su jocosa teatralidad, me ofreció el primer brindis de la noche.

Ibamos por la tercera copa, cuando llegaron Lita y Juan. Rosa había ido llenando sendos vasos y dejándolos alineados en la mesita de centro, cada vez que nos servía a nosotros. Cuando llegaron Lita y Juan, Rosa, sin darles tiempo siquiera a saludar, les señaló los vasos:

—Llegáis con retraso... ¡A ponerse en órbita!

Entre risas y veras, tuvieron que bebérselos, casi sin respirar. Después, Juan, con sencillez, sin el aire de ceremonia de su mujer, me entregó un paquete, como obsequio. Al abrirlo, mi sorpresa no tuvo lími-

tes: hacía tiempo que estaba enamorado de un estilete turco, que debería ser del siglo XVII, que Juan tenía en su despacho, y por el que, aun sin decirlo, yo sentía verdadera pasión. Balbuceé para darle las gracias:

—No puedo aceptarlo... Es muy valioso, y, a tí...

—¡Tonterías! Utilízalo como abrecartas. Las cartas son siempre una sorpresa, y a veces, hay que estar armado para enfrentarse con ellas...

El ingenio de la frase nos llevó a votar por un nuevo trago, el que apuramos, en esta ocasión, con lentitud y solemnidad.

* * *

Habíamos bebido en exceso. Una euforia general nos embargaba. Excepto Rosa, a la que el alcohol ponía melancólica, los demás hicimos, sin proponérnoslo, un derroche de ingenio y buen humor. Juan, estaba invitándonos a echar a suertes, y, aquel o aquella que perdiera, hiciese «strip-tease». Nunca, y no era la primera vez que bebíamos con exceso, se nos había ocurrido llegar a tales extremos. La mirada que nos dirigimos Adela y yo, captada por todos, frenó la proposición de Juan, quien, un poco avergonzado, retiró su propuesta. Rosa, como despertando de su melancolía, volvió a animar la reunión:

—Os propongo...

—¿Qué? —contestó, rápido, Andrés.

—¡Que llamemos a los espíritus, y hablemos con ellos!

—¡Bien, bien! —exclamó Adela—. ¿Habéis hecho alguna vez eso que cuentan del vaso?

Exceptuando Rosa, ninguno de nosotros había participado jamás en aquel juego. Pero todos asentimos, y tras volver a llenar los vasos, apagamos la electricidad y quedamos solamente con la luz de las velas.

—Si alguno de vosotros no cree, que se salga —pidió, con toda seriedad, Rosa.

Todos, bastante solemnes, afirmamos nuestra credibilidad.

Rosa, con aire sereno y gesto grave, fue colocando las letras en círculo, sobre la brillante mesita de mármol negro. En el centro, puso tres papelitos con el «punto», un «no» y un «sí». Tomamos posiciones en torno a la mesa. La llama vacilante de las velas se centraba en el rostro de Rosa, dándole un aspecto fantasmal. Se hizo un denso silencio que comenzó a evaporar los vapores del alcohol que nos envolvían. Sentí, en la espina dorsal, un ramalazo de frío, y, al mirar, uno a uno, a todos, observé, por la gravedad de sus rostros, que les ocurría algo parecido.

Sin pertenecer a esa clase de personas que aceptan cualquier superstición, formamos parte de esos seres respetuosos con todo lo desconocido. Posible era, para nosotros, cualquier fenómeno, que no tuviese, todavía, una explicación racional. La curiosidad era, también, un rasgo común que nos unía. Sin aceptar plenamente nada, tampoco rechazábamos, por principio, todo.

Rosa estaba decidida a ejercer de maestro de ceremonias, ya que, en diversas ocasiones, nos había hablado de su asistencia y participación en reuniones de espiritismo, a las que nos había invitado, sin que asistiéramos, más por falta de ocasiones propicias, que por desprecio o incredulidad.

Nuestra bruja particular acalló los leves murmullos y se dispuso a ejercer de introductora:

—¿A quién invocamos?

—A Poe —insinuó, estusiasmada, Lita—. Llama a Poe.

—¿Y qué le vamos a preguntar? —sugirió Rosa, muy preocupada.

—Lo que hicimos ayer.

—¡Qué aburrido! —comentó Juan—. A mí lo que me interesa saber es lo que vamos a hacer mañana.

—Entonces —dije yo, con mucho de pedantería—, será mejor que invoquemos a Nostradamus... Están de

moda sus profecías, y, aunque sólo sea por hacerse publicidad, acudirá...

—Si pretendes burlarte —intervino Rosa algo molesta— lo dejamos...

—No; no pretendo burlarme.

La serenidad con que pronuncié estas palabras, devolvieron la confianza a Rosa, que estaba decidida a no renunciar a su papel de protagonista.

Nos indicó cómo debíamos colocar los dedos sobre la copa. Se hizo un respetuoso silencio que yo, al menos, no supe cómo interpretar, y Rosa, ceremoniosa, segura, mostrando un hábito y una costumbre que no dejó de sorprenderme, con voz que parecía sacada del oscuro fondo de un pozo, invocó a nuestro espíritu:

—¿Estás ahí?... Contesta... Contesta... Contesta...

La copa permaneció quieta unos instantes, ante la expectación general; pero, instantes después, lentamente, con movimientos extraños, inició su camino hacia el lugar indicado con el «sí». La sugestión que fue capaz de ejercer este movimiento en todos fue absoluta. Volví a comprobar, una vez más, hasta que extremo somos capaces de dejarnos impresionar los hombres. Confieso que mi sorpresa fue grande, y que la curiosidad me creció hasta extremos nunca sospechados.

—¿Quién quiere preguntar? —prosiguió Rosa.

—Que pregunte Andrés —dijo Lita con un hilo de voz.

Andrés, desde su timidez casi congénita y, acaso, más sugestionado que todos nosotros, afirmó con la cabeza.

—Si estás ahí, contesta... ¿Qué hará Andrés próximamente? —prosiguió nuestra maestra de ceremonias.

Esperamos. Esperamos unos segundos, que resultaron interminables, hasta que la copa giró sobre sí misma, y se encaminó hacia un extremo de la mesa, deteniéndose ante una papeleta.

—La eme —informó Rosa.

Después, se detuvo en la a; regresó, nuevamente, hasta el lugar donde se hallaba la te.

La copa, imparable, como poseída por una fuerza que, en aquel momento nos parecía incontrolada, siguió su ruta hasta la a, y, sin vacilar, aunque volviendo a dar una vuelta casi total a la mesa, se detuvo, definitivamente, en la erre...

—¡Matar! —pronunció Rosa, alarmada.

Un escalofrío nos recorrió a todos. Comprendí que había que romper aquel círculo de sugestión en el que habíamos caído impremeditadamente, y, simulando una carcajada, casi grité:

—¡Bien...! ¡Bien por Rosa...! ¡Has sabido hacer una broma perfecta!

—Yo... yo... os juro... que... —tartamudeaba Rosa.

Adela se había levantado y encendido las luces, mientras, con falso júbilo, exclamaba:

—Todavía queda una botella de champán en el frigorífico. ¿Os atrevéis con ella?

Naturalmente, ninguno nos negamos a aceptar la brillante proposición de mi mujer.

* * *

Hacía ya rato que habíamos olvidado nuestra invocación al espíritu de Nostradamus. El mueble-bar estaba ya casi vacío, y, ante la ausencia a la que habíamos condenado al whisky y al champán, tuvimos que conformarnos con el Chinchón. Excepto Adela y yo, los demás estaban casi borrachos. Solamente Andrés, taciturno, se había apartado a un rincón y se sostenía la cabeza con las manos. No dimos importancia a su aislamiento, ya que según nos constaba de reuniones anteriores, Andrés era quien menos resistía la bebida.

Lita fue hacia el tocadiscos y lo conectó. Sonó un vals y con grandes gestos, casi a punto de caerse por la borrachera, con voz estropajosa, nos invitó:

—¿Quién se atreve a sostenerme mientras bailo?... ¡Os prometo que, al caballero que se atreva, no le pienso morder!

Reímos la ocurrencia de Lita. Esta se acercó a Andrés, y le formuló, otra vez la invitación. Al no responderle, con los brazos abiertos, y con el grandilocuente gesto de un discurso, carraspeó:

—¡Ya está dormido!... ¿Véis?... Os diré algo en secreto... Se duerme... Siempre se duerme... en los momentos trascendentales —y comenzó a sollozar—. ¿Qué hago yo con un hombre que se duerme?... ¡¡Decídmelo!!... ¿Nadie se atreve a bailar conmigo?

Juan, dando un traspiés, se levantó y fue hacia Lita, y la cogió en sus brazos:

—Yo, yo... me atrevo.

—¡Ven aquí, mi cielo!... ¡Tú eres mi consuelo y mi protección... contra las caídas! ¿Verdad, Juan?... Y, tu, tú no te duermes... Yo sé muy bien que tú no te duermes...

Quisimos no dar importancia a la ironía de Lita y le aplaudimos entusiasmados, mientras intentábamos, cogidos de las manos, Adela y yo, cercarlos para que no cayeran.

Ninguno de nosotros lo vio levantarse. Cuando nos dimos cuenta, Andrés, esgrimiendo el estilete que Juan me había regalado, nos separó de los que bailaban con un brusco movimiento.

Clavó el puñal, una vez y otra, en la espalda de Lita, rasgando, con la carne, el vestido de seda natural negro que llevaba.

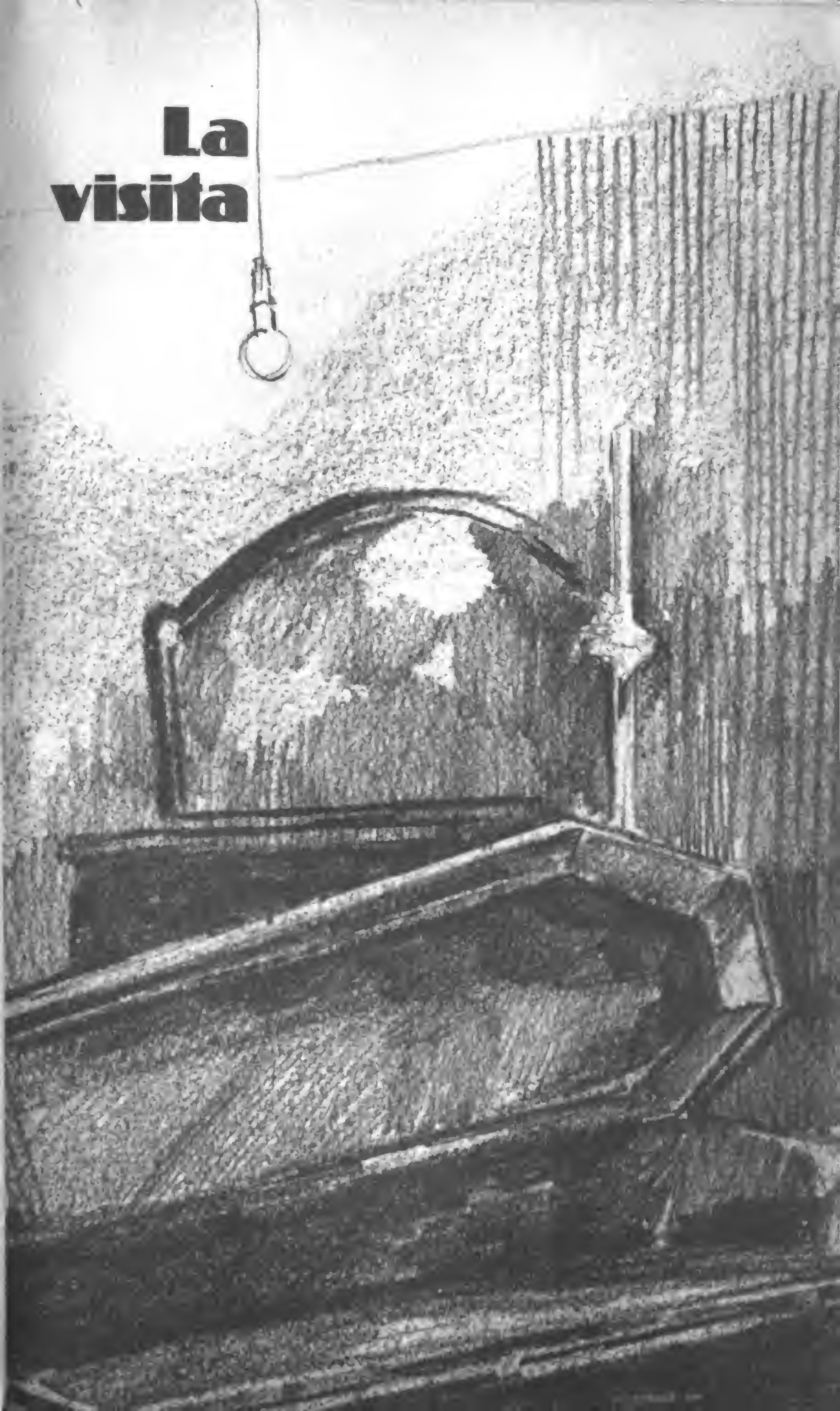
Juan, espantado, la soltó dejándola caer al suelo. Andrés, frenético, vengador, insaciable, enloquecido, clavaba, con incontenible saña el arma mortal en el cuerpo de la mujer, ante nuestro aterrorizado asombro y nuestra inmovilidad.

Un rasgo de luz cruzó por su cerebro: tiró lejos de sí el estilete, y se abrazó al cuerpo muerto de Lita entre sollozos y convulsiones...

El horror de Juan, sólo le dejaba balbucear:

—¡Nunca... nunca... nunca... hubo nada entre nosotros!

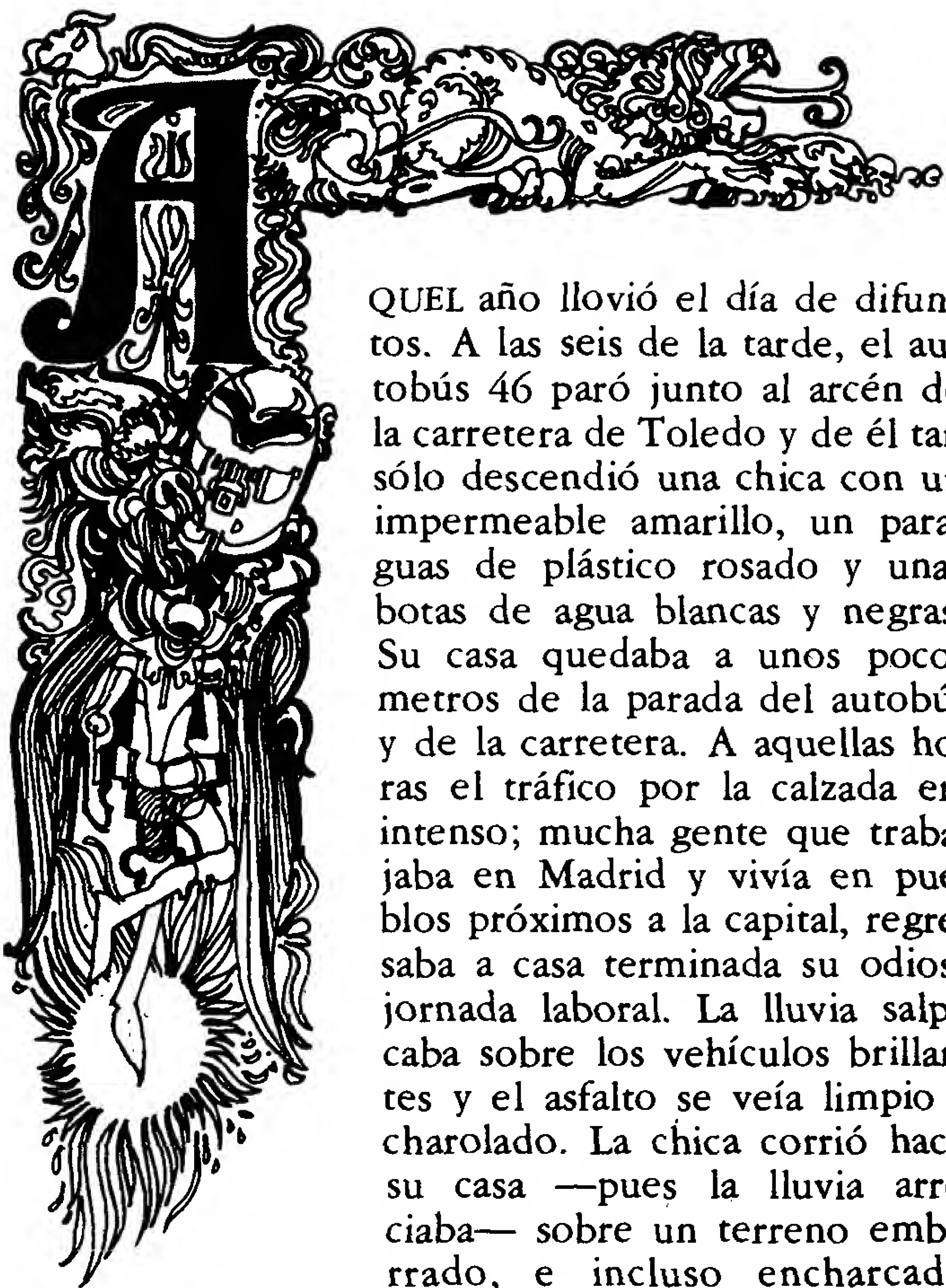



La
visita

La visita

Martín Antonino

Lejos de importunarla, aquel inesperado visitante le deparaba la oportunidad de no tener que pasar la noche sola y asustada en el frío e inquietante caserón.



QUEL año llovió el día de difuntos. A las seis de la tarde, el autobús 46 paró junto al arcén de la carretera de Toledo y de él tan sólo descendió una chica con un impermeable amarillo, un paraguas de plástico rosado y unas botas de agua blancas y negras. Su casa quedaba a unos pocos metros de la parada del autobús y de la carretera. A aquellas horas el tráfico por la calzada era intenso; mucha gente que trabajaba en Madrid y vivía en pueblos próximos a la capital, regresaba a casa terminada su odiosa jornada laboral. La lluvia salpicaba sobre los vehículos brillantes y el asfalto se veía limpio y charolado. La chica corrió hacia su casa —pues la lluvia arreciaba— sobre un terreno embarrado, e incluso encharcado, hasta alcanzar la cancela de una vivienda aislada de dos plantas, con un pequeño jardín marchito rodeado por una verja. No era lo que se llama un chalet; más bien se trataba de una de esas casas sólidas que su dueño construye poco a poco en las afueras, con la intención de tener algún día una vivienda propia en un lugar sano, pero después, el paso de los años y el crecimiento de la ciudad acaban con esas ilusiones. A

veinte metros de la casa pasaba ahora la carretera, y su emplazamiento coincidía con una tierra de nadie, suburbial, que ni es campo ni ciudad, sino más bien un vertedero donde se alternan los cementerios de coches, los depósitos de chatarra y pequeñas fábricas o talleres de fachadas sucias.

La chica cruzó el jardín, sacó la llave de su bolso, abrió la puerta de la casa y penetró en ella. En el interior, la humedad era intensa. La había alquilado la mañana de un domingo hacía un par de meses porque quedaba cerca de su nuevo trabajo, creyendo también que podía ser un buen lugar, alejado del tráfago urbano del centro, pero todo eso era pura ilusión. Los días laborales el ruido era continuo a todas horas debido a la proximidad de la carretera y, a veces, cuando hacía viento, llegaban hasta allí olores pestilentes procedentes de no se sabe dónde.

Entró encogida de miedo. Los densos nubarrones que cubrían el cielo habían oscurecido prematuramente la tarde, llenando de una penumbra tristona las frías habitaciones de la casa. Para colmo, tenía muy presente la fecha que era, 2 de noviembre, el día de los difuntos, una conmemoración que, desde su niñez, le había producido, a partir del anochecer, una inquietud que rayaba con el miedo. Ella tenía conocimiento de historias de aparecidos, casos singulares, no bien explicados nunca, de la presencia, durante la noche de aquella jornada, de espectros errantes que golpeaban las puertas de los pisos o dejaban oír sus voces en viviendas solitarias, precisamente como la suya.

Muy inquieta, encendió todas las luces de la casa y se dispuso a prepararse la cena. Cualquier cosa que encontrase en el frigorífico serviría; no tenía ningún apetito. Tomó un par de huevos y una loncha de bacón, los pasó por la sartén y después se trasladó al comedor. Extendió una servilleta sobre la mesa-camilla, colocó los cubiertos, el pan, un vaso de agua y trajo el sobrio plato combinado. Puso la televisión. Se emitía un programa aburridísimo: una mesa re-

donda de intelectuales que hablaban sobre la crisis de algo. Por eso estuvo todo el tiempo pendiente de los crujidos que escuchaba en el pasillo, los rumores de las cañerías en la cocina y ecos diversos, o incluso golpes tenues, que llenaban la casa de murmullos y atemorizaban su espíritu. Además, ¡todo era allí tan desacogedor...! Habitaciones grandes con el mobiliario imprescindible, bombillas que colgaban desnudas del techo y baldosas mal asentadas que resonaban al caminar sobre ellas...

Mientras cenaba, paulatinamente, fue acrecentándose su inquietud, atenta tan sólo a aquellos susurros producidos por todos los rincones de la casa. Quitó la televisión y puso la radio. El tráfico de automóviles por la carretera había disminuido, pero ahora la cruzaban pesados camiones cuyos faros barrían por unos momentos los cristales de las ventanas, proyectando su luz durante unos segundos sobre las paredes de las habitaciones que daban a la calle. La música de la radio, al fondo de la noche, también le producía una zozobra extraña en el silencio de la casa.

¿Quién era capaz de acostarse? A las doce, su sobresalto o su miedo era de tal intensidad que se había quedado paralizada en una butaca, sin atreverse a mover un sólo músculo. Entonces oyó chirriar la verja del jardín, pasos por el corto sendero de gravilla que conducía hasta el edificio y, en seguida, unos golpes tenues, verdaderamente extraños si se tenía en cuenta la hora, aplicados a la puerta. Una oleada de calor ascendió hasta sus sienes. ¿Quién llamaba a su casa tan tarde en una noche como aquella? Durante unos instantes no se movió de la butaca, sobrecogida, y los golpes sobre la puerta volvieron a repetirse. Ahora, quienquiera que fuese, llamaba con cierta impaciencia. Avanzó temerosa por el pasillo, concibiendo la posibilidad de que, al abrir, no hubiese nadie bajo el dintel de la entrada, tan sólo la noche, como había oído narrar a propósito de la aparición de ciertos visitantes de ultratumba en la madrugada de difuntos. Dijo «¿quién es?», más bien despavorida, y

al otro lado de la puerta se oyó una vocecita cascada, propia de una persona de cierta edad.

—Abra, señorita; soy Gálvez.

¿Gálvez? ¿Quién era Gálvez?

—¿Quién es usted? —preguntó la chica.

—Soy el dueño de esta casa...

Cuando la muchacha abrió, tenía delante de ella a un hombre de unos sesenta años, con sombrero, bufanda y abrigo, todo ello de color gris, completamente empapado.

—Buenas noches, señorita... Es lógico que no me conozca; usted alquiló la casa a través de una agencia.

—Sí, sí... Recuerdo ahora su nombre por el contrato...

—Si me lo permite, voy a pasar... Salí esta mañana de Barcelona y al llegar aquí he advertido que me faltaba la cartera con el dinero y toda mi documentación... O bien la he perdido, o me la han robado. Siento molestarla... No me es posible ir a un hotel, y, si mal no recuerdo, en el contrato de arrendamiento que usted ha mencionado hay una cláusula por la cual me reservo una habitación de la casa... La que está al fondo del pasillo.

—Sí, creo que sí —dijo la chica cuando el hombre ya había pasado al pequeño recibidor, apenas iluminado por una lamparita de pergamino.

—Jamás la hubiera molestado de no ocurrirme este percance desgraciado... De todos modos, no quisiera ser inoportuno.

—No, no; de ningún modo...

Una especie de distensión general había invadido la agraciada naturaleza de la muchacha, que, lejos de sentirse contrariada por aquella inesperada visita, le deparaba la providencial oportunidad de no pasar la noche sola en el frío caserón. Tan sólo la presencia de una persona desconocida en la casa, disipaba de pronto todos sus temores. Sintió que la embargaba un repentino buen humor.

—Bueno, le puedo preparar algo de cena, si usted lo desea...

—Algo caliente, señorita; me tomaría a gusto un consomé calentito. Estoy francamente helado... Mire; toque, toque mis manos.

Adela, que así se llamaba la muchacha, no tenía la menor gana de tocar las pequeñas manos de aquel hombre, pero su gesto era tan espontáneo que, por pura cortesía, accedió a su deseo. Por un momento su rostro cambió de expresión. La piel del recién llegado estaba fría, muy fría, no *demasiado* fría, sino provista de una rara gelidez inusual.

—Oh, sí... Le encenderé la estufa... —dijo mientras eludía aquel contacto con rapidez.

Preparó en seguida un caldo de pastilla, y le frió, también, unos huevos con bacón. Poco después, ambos estaban sentados frente a frente en el comedor. El hombre comía en silencio y Adela intentó enhebrar una conversación de circunstancias.

—¡Qué noche! ¿Verdad?

—Sí, una mala noche... Demasiado mala, diría yo...

Volvieron a callarse. En varias ocasiones, el señor Gálvez, que permanecía con la vista clavada en el plato, levantó la cabeza y se quedó mirando fijamente a Adela durante unos segundos, como quien desea decir algo que finalmente se calla, detenido tal vez por la gravedad de lo que desea expresar o por tratarse de una petición que juzga demasiado comprometida... Sin embargo, cuando con un trozo de pan aprovechaba los últimos restos del plato, volvió a levantar la cabeza y en esta ocasión dijo lo que durante toda la cena había querido comunicar a la muchacha.

—Señorita, ha habido... Ha habido un accidente aéreo, un trágico accidente aéreo... Alguien muy allegado a mí ha perecido en él y..., en fin, no tenía otro lugar donde traerlo...

—¿A quién? —dijo la chica espantada.

—Al cadáver, claro. Ya lo he dispuesto todo... Pronto llegarán los de la funeraria con el ataúd, y calculo que, de madrugada, traerán los restos de esa persona...

La chica no supo cómo reaccionar en un primer

momento. Iba a protestar vivamente, cuando junto a la puerta de la casa, al otro lado de la verja, oyó el frenazo de un vehículo sobre la gravilla mojada.

—Deben ser ellos, los de la funeraria —indicó el hombre.

Adela se precipitó hacia la ventana. Iluminada por la lejana claridad de las farolas de la carretera, vio una furgoneta negra detenida junto a su casa y a varios hombres que sacaban de ella un enorme ataúd tallado, oscuro, sobre el que salpicaba el aguacero...

—¡No! ¡Le advierto que no consentiré que pasen *eso* aquí dentro! —exclamó la chica ofuscada por un arrebato de indignación.

—Señorita, me parece que es inevitable... No deseo parecer insistente, pero debo recordarle otra vez la cláusula del contrato donde se estipula nítidamente que la habitación del fondo queda a mi disposición... No invadiré sus dominios... El ataúd será colocado en ese cuarto, que cerraré si usted siente reparo ante la vista de esas cosas...

—¿No tiene otro sitio donde llevarlo?

—No; si así fuera, nunca la habría molestado. Para su tranquilidad le diré que no se producirá ninguna escena desagradable, ni vendrá nadie al velatorio o al entierro. La persona fallecida estaba sola en el mundo... Todo será discreto y rápido.

Los empleados de la funeraria habían llamado a la puerta. El propio señor Gálvez les franqueó la entrada y, tras las frases identificadoras intercambiadas entre los recién llegados y el hombre que les daba acceso a la casa, ante el horror de Adela, el enorme ataúd penetraba en el recibidor transportado por dos hombres cubiertos con guardapolvos grises. Detrás de ellos venían un par de empleados más, que llevaban en sus manos cuatro altos candelabros dorados y otros tantos cirios mortuorios destinados al aderezo de la capilla ardiente. El ataúd, chorreante a causa del agua que le había caído en el trayecto furgoneta-casa, parecía desmesuradamente grande mientras avanzaba por el estrecho pasillo.

El señor Gálvez abrió el cerrojo de la habitación cuyo uso le pertenecía, un cuartucho pequeño y húmedo, sin mobiliario alguno, salvo un camastro situado junto a una pared. Una bombilla de poca potencia le proporcionaba un aspecto luctuoso.

—Habría que sacar la cama para instalarlo todo decentemente —dijo.

Y poco después, ante la mirada atónita de Adela, se produjo en la casa, durante casi media hora, un silencioso trajín de entradas y salidas por la puerta del cuarto desolador, que dieron como resultado, finalmente, un cuadro funerario perfectamente dispuesto. Sobre un soporte que los empleados de las pompas fúnebres habían cubierto con un paño negro, descansaba el féretro abierto; en cada una de sus esquinas se erguían los altos candelabros con los cirios, y, tras su cabecera, un calado crucifijo de bronce presidía un escenario que, situado en la sordidez de aquella habitación iluminada por una bombilla mortecina, produjo en Adela la sensación más desagradable y más desconsoladora que había experimentado en toda su vida.

—Le rogaría —dijo el dueño de la casa cuando los hombres de la funeraria se habían marchado— que no se acostase... Me sentiría profundamente agradecido si me acompañase en el velatorio.

—Descuide usted... Yo *no puedo acostarme;* me moriría de espanto pensando en *eso* que han colocado ahí, máxime cuando traigan el cadáver y en una noche como esta... Es más, *yo* le agradecería a *usted* que no se marchase de la casa en ningún momento...

—No, no voy a salir...

Pasaron al comedor y se sentaron en el tresillo para aguardar la llegada del muerto. Afuera, en los intervalos de silencio que se producían cuando dejaban de pasar camiones, se escuchaba el vasto rumor de una lluvia mansa y constante.

—Ah, todo el mundo debería casarse, señorita, crear una familia, tener hijos... Ya ve usted la soledad en que acaba la vida de quienes, en sus años jóvenes,

no prevén el futuro y optan por una vida desligada de afectos familiares...

—Es cierto —dijo la chica—. Nadie vendrá al entierro de este hombre...

—Nadie; en todo caso, tal vez le acompañe una sola persona... Es triste acabar de ese modo y en una noche tan infernal.

Hubo un momento de silencio que rompió Adela con una pregunta:

—Ha dicho usted al llegar que venía de Barcelona...

—Así es.

—Entonces ha hecho usted el viaje sólo para ocuparse del entierro...

—En realidad, no...

En aquel momento, cortando las palabras del ceremonioso señor Gálvez, quedó súbitamente a oscuras toda la casa. A través de la ventana, la despavorida Adela vio cómo también las farolas de la carretera se habían apagado y tan sólo los potentes focos de los camiones, que se proyectaban en la pared del comedor durante unos instantes, iluminaban la noche de borrasca. Al parecer, el apagón afectaba a una amplia zona. Saltando sobre todas las convenciones, Adela se precipitó a tientas sobre el sofá que ocupaba el visitante y, sentándose a su lado, se aferró aterrorizada a su brazo.

—Por favor, por favor... No se separe de mí —dijo con la voz entrecortada—. Tengo..., tengo mucho miedo...

—Descuide, no lo haré mientras me sea posible.

—¿Mientras le sea posible? ¿Qué quiere decir?

—¿No oye?

Adela, sobrecogida en la oscuridad de la habitación, concentró toda su atención en el oído. Traspasando el sonido de la lluvia, una sirena más o menos lejana parecía aproximarse hacia el lugar que ocupaba la casa.

—¿No oye la sirena? —insistió el señor Gálvez.

—Sí, la oigo. Puede ser una ambulancia o la policía... ¿A qué se refiere?

—Es la hora aproximada en que está prevista la llegada del cadáver... Creo que es la ambulancia que lo trae... Sí, escuche: ya ha salido de la carretera y se dirige hacia aquí... Lo lamento, lo lamento de veras...

—¿Qué es lo que lamenta? —preguntó Adela cada vez más aterrada, cogida con fuerza al brazo de aquel hombre desconocido, a través de cuya ropa se filtraba una frialdad espantosa.

—Quiero decir que, pese a su ruego y a la agitación que la embarga, yo... debo marcharme.

—¿Marcharse? ¿A dónde? ¡No pensará dejarme aquí sola...!

—Es más, le rogaría con todas mis fuerzas que no abandonase la casa durante esta noche... Por lo menos, que el cadáver de un hombre, creo que honesto, no pase sus últimas horas en este mundo sin ningún acompañamiento...

—¡Está usted para acompañarle! —casi gimió Adela del todo despavorida.

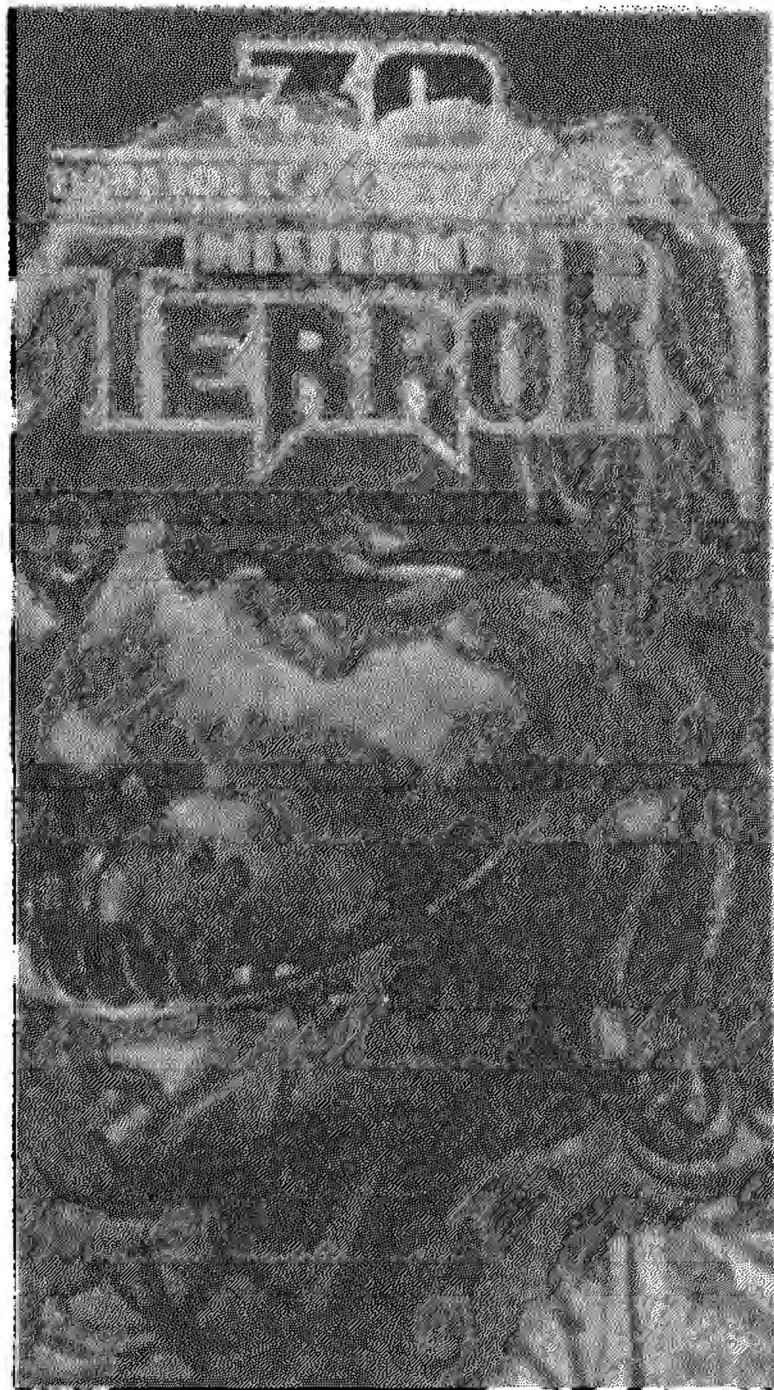
—No, desgraciadamente eso resulta imposible...

—Pero, ¿qué dice? ¿Por qué no puede quedarse?

La sirena de la ambulancia se había extinguido ante la puerta de la casa en tinieblas. Bajo la lluvia, unos hombres con batas blancas sacaron una camilla cubierta por una sábana. Debajo se adivinaba la forma de un cuerpo inerte. El hombre frío sentado en el sofá, tras unos momentos de silencio, contestó a la pregunta de la chica:

—Porque el muerto, señorita, *soy yo.*

PROXIMA APARICION



LAS SOMBRAS DE NATHAN KETCHUM

ENCUENTRO EN LAS PROFUNDIDADES

EL FINAL DE LA PARTIDA

EL CACHORRO

MONOLOGO A DOS VOCES

VIENTOS DE MUERTE EN «GARGANTA DEL VALLE»

LOS COLMILLOS DE LA COBRA

LOS PANADEROS DE RITESTI





LA MASA

TERROR EN LA DISCOTECA

LA TRAMPA

LA ESTATUA DE BRONCE

SOLO PARPADEAR

LA HIJA DE RAPACCINI

FIN DE FIESTA

LA VISITA